

clark carrados

COLOR AMARILLO

Color amarillo
Clark Carrados

Espacio el Mundo Futuro/445

CAPÍTULO I

La vio por primera vez cuando se iba a casa a dormir y le pareció delgada, pero cuando se fijó en ella un poco más, Pedro Gandar advirtió que la sensación de delgadez era debido a su elevada estatura. La chica estaba en una esquina, cerca de un farol, pero no parecía una buscona.

Tenía el pelo muy claro, corto como el de un muchacho, y los ojos grandes y oscuros. En la mano izquierda llevaba un bolso negro. Su indumentaria era breve y sencilla; hacía buen tiempo y ello permitía ligereza de atuendo. El vestido era azul claro, sin mangas y muy corto. Nada más, salvo las sandalias, sencillas y sin tacón.

Pedro ya no se preocupó más por ella. Tenía otras cosas mejores en que pensar.

Sus vacaciones, por ejemplo, que comenzaban al día siguiente. Pedro Gandar ya se había trazado el plan de lo que iba a hacer durante los dos meses de ocio que le correspondían anualmente.

Conocía una zona selvática, aislada, desierta prácticamente, con árboles en abundancia, corrientes de agua y animales en estado primitivo. Allí se pasaría sus sesenta días de vacaciones, entregado a un placer que muy pocos sabían disfrutar: caza y pesca.

—Estamos demasiado enmohecidos —decía a veces en su oficina —. Todo lo tenemos al alcance de la mano, no hacemos apenas esfuerzos para ganarnos el sustento, diversiones nos sobran... Es un mundo supermecanizado...

—¡Y qué bien se vive en este mundo! —contestaban sus compañeros, a los cuales no les entraba en la cabeza que hubiese un

chiflado que quisiera arriesgarse a sufrir las inclemencias del tiempo, cuando en las ciudades, en las que se vivía tan ricamente, había sido abolida la inseguridad atmosférica y reinaba una temperatura uniformemente controlada y que no variaba nunca de cinco grados a lo largo de las veinticuatro horas.

En cambio, Pedro disfrutaba horrores con aquellos dos meses de vida al aire libre, pasando calor, frío, aguantando chubascos, tendiéndose a la sombra de los árboles y encendiendo hogueras por la noche.

¡Era una vida maravillosa!

Entonces, Pedro volvía a las fuentes de lo primitivo. Y cuando regresaba a su trabajo, volvía más fuerte que nunca, moreno el rostro, curtida la piel, limpia la mente. Sus compañeros, secretamente, le envidiaban; y las mujeres volvían la cabeza al verle pasar, porque aunque se solía emplear el sol artificial en las ciudades para tostar la epidermis, la coloración, aun siendo la misma, parecía completamente distinta.

Al día siguiente, pues, Pedro, armado con todos sus trebejos, estaba a mil kilómetros de la civilización. Se había llevado consigo algunos útiles imprescindibles, aparte de la escopeta y la caña de pescar, pero nada de impedimenta pesada.

Él mismo se lavaría sus ropas irrompibles cuando estuviesen sucias. No fumaba apenas, de modo que se había ahorrado un paquete de carga. El alcohol le gustaba, pero no corría nunca tras una copa, así que tampoco se llevó siquiera una botella.

Cerillas sí, y un frasquito con desinfectante y un tubito de pasta hemostático—regenerativa para pequeños cortes y rasguños que siempre se producía uno cuando estaba en el campo. Poca cosa más; ni siquiera una tienda de campaña. A vivir literalmente al aire libre, con un saco de dormir como alojamiento.

Estuvo varios días disfrutando como un bárbaro. Cazó un par de conejos, una liebre y un pavo y pescó media docena de truchas sin esforzarse demasiado. Luego, al sexto día de su estancia en la zona selvática, volvió a encontrársela.

Pedro caminaba en busca de una presa para los cartuchos de su escopeta, cuando la vio tendida en el suelo, en el fondo de una pequeña vaguada, sombreada por algunos árboles.

Le pareció que habría sufrido un accidente y se acercó a ella

para atenderla. La desconocida tenía los ojos cerrados y parecía dormir apaciblemente.

Pedro se extrañó. Su campamento estaba situado en un lugar aislado, pero desde el cual tenía que haber notado forzosamente la presencia de algún intruso en la zona selvática. Miró a su alrededor y no vio rastros de equipaje de ninguna clase.

Pero el sitio donde yacía la bella desconocida no era el más apropiado para descabezar un sueñecillo. El suelo era pedregoso y, aunque había árboles, ella estaba al sol.

Podía resultarle dañino dormir largo rato sin protección contra los rayos del sol. Pedro se acercó a ella y sus botas hicieron ruido al pisar las piedrecillas del suelo. Entonces, la desconocida abrió los ojos y le miró.

—Perdón, señora —dijo Pedro, descubriéndose cortésmente—. La vi de lejos y temí que hubiera sufrido un accidente.

Ella miraba a todas partes con expresión absorta, como si sintiese extrañeza por hallarse en un lugar desconocido; Pedro continuó:

—Luego me di cuenta de que dormía y... No es bueno permanecer quieto demasiado tiempo al sol. A propósito, me llamo Gandar, Pedro Gandar.

La joven le miró un instante.

—Soy Marnie Hills —se presentó—. Gracias por sus buenas intenciones, señor Gandar.

Se puso en pie con toda normalidad. Pedro advirtió que ella había cambiado de indumentaria.

Ahora vestía una especie de blusa que más bien parecía un sujetador, pues dejaba el estómago y la espalda al aire. Una falda pantalón muy corta y unos zapatos de tacón alto completaban el resto de su atavío.

—Creo que este no es el sitio en que debo estar —añadió Marnie —. Dispénseme, pero tengo que irme. Encantada, señor Gandar.

Pedro se quitó de nuevo el sombrero.

—Buenos días, señorita Hills.

Y dijo «señorita» ahora, porque había visto que sus manos estaban limpias de anillos, lo que indicaba que era soltera. Marnie pasó por delante de él, le dirigió una leve inclinación de cabeza y caminó con paso largo y fácil.

Pedro estuvo contemplándola algunos minutos. Había varias colinas y Marnie, incomprensiblemente, siguió en línea recta, subiendo y bajando, apareciendo y desapareciendo alternativamente, hasta que, de pronto, desapareció y no la vio más.

Gandar se encogió de hombros.

—Guapa, pero chiflada —fue su diagnóstico final.

Y olvidándose de la bella Marnie Hills, siguió su camino.

* * *

El pavo silvestre, convenientemente desplumado y limpio, daba vueltas lentamente en un asador que el mismo Pedro había construido. Debajo tenía una piedra plana por un lado y cóncava por otro, donde recogía la grasa que se escurría, para echarla de nuevo al ave, cuyo solo aspecto dorado le hacía la boca agua a Pedro.

—Cuando esté asado, resérveme un muslo, por favor —dijo un hombre.

Pedro se volvió a medias y sonrió.

—Y una pechuga también si lo desea —contestó—. Acérquese, amigo.

El hombre dio unos pasos y quedó a dos metros de la hoguera.

—Capitán, puedo jurarle que es la primera vez que veo un ave asarse por medios enteramente naturales. ¿No... resultará dañino para... el sistema digestivo?

Pedro miró al individuo y se echó a reír.

La indumentaria del recién llegado resultaba absolutamente inadecuada para aquellos parajes. Bombín, chaqueta oscura, pantalón rayado, corbata gris brillante y paraguas enrollado. En la mano izquierda llevaba un portafolios negro.

—Usted está demasiado acostumbrado a vivir de tubos de alimentos concentrados y de píldoras. Pero no tenga cuidado, su estómago lo soportará bien y... ¡Eh! ¡Ha dicho capitán! —se alarmó de pronto—. ¿Es que me conoce?

El desconocido sonrió.

—Morton Wilkes, de Asuntos Extraterrestres —se presentó—. ¿Le importa que me siente?

—Claro, amigo. Y quítese esa ropa, que aquí le sienta como un

tiro. Póngase cómodo y olvídese del protocolo, Morton.

Wilkes se quitó la chaqueta solamente y se sentó encima del portafolios, con las piernas cruzadas. Con un cuchillo, Pedro probó la contextura de la carne y, sin más, cortó un enorme muslo y se lo largó al recién llegado.

—Sople un poco; todavía quema —dijo—. Para la pechuga aún queda un poco, pero estará en seguida. ¿Qué le trae por aquí, Morton?

—Me envía el ministerio, capitán. Temo que voy a darle una mala noticia —contestó Wilkes.

—Estoy de vacaciones —rezongó Pedro.

—Lo sé. Cuando termine su misión, podrá tomarse el doble de tiempo, si lo desea... ¡Está riquísimo! —dijo Wilkes, tras probar unas hebras de la carne del pavo.

—¿Qué se creía usted? Oiga, ¿quién diablos me ha asignado una misión? Si se puede saber, claro.

—El ministro en persona, después de haber sido visitado por un personaje muy importante.

—Pero yo no pertenezco a A. E., sino a Orden y Paz —alegó Pedro.

—Lo siento. El ministro de O. y P. está de acuerdo con el ministro de A. E.

—Maldito mundo donde todo es sintético: desde los alimentos hasta la conversación —gruñó Pedro irritadamente. Desgajó el otro muslo y empezó a soplar para poder comerlo—. Mi permiso es sagrado, Morton.

—Olvídelo —dijo Wilkes sin inmutarse—. Va a viajar y tendrá dietas de mil «garants» diarios, más gastos, que no se le limitarán en absoluto. A su vuelta, como he dicho, disfrutará de cuatro meses de permiso.

—Lo dice en tono muy mandón. ¿Hay probabilidades de decir que no?

—Ninguna —contestó Wilkes redondamente—. Es una orden del ministro de A. E., con la conformidad del de O. y P.

—¡Hum! —dijo Pedro—. Las dietas de mil «garants» diarias son dietas de embajador. ¿Adonde diablos tengo de ir?

—Muy lejos del planeta, a setecientos años luz. Pero antes tendrá que visitar una embajada extraterrestre, donde sus servicios

han sido requeridos al ministro de A. E. Allí le dirán qué debe hacer... y, particularmente, le diré una cosa, Pedro: el prestigio de la Tierra va a estar en sus manos.

Con el muslo de pavo cerca de los dientes, Pedro miró a su interlocutor, creyendo que bromeaba. Pero no, Wilkes tenía la más perfecta cara de palo que Pedro había visto jamás en los días de su vida.

CAPÍTULO II

El embajador estaba muy nervioso. Pedro lo vio casi en el acto, apenas fue introducido en su despacho, acompañado por Morton Wilkes.

Se efectuó el protocolo de las presentaciones y luego un atildado secretario pasó una bandeja con copas. Después, el embajador, Wilkes y Pedro quedaron solos.

—Tiene que ir a mi planeta, a Zino —dijo el embajador—. Capitán Gandar, he seguido su carrera en estos últimos años y sé que es el único hombre que puede hacer algo positivo para salvar nuestro futuro.

Pedro creía estar soñando.

—Excelencia, con el debido respeto diré que me parece altamente improbable que un solo hombre, y menos un simple oficial de policía, pueda salvar el futuro de Zino.

—Aguarde, déjeme hablar, capitán —pidió Iju—Tanj, el embajador—. Lo que tengo que decirle es tan... tan... Me siento trastornado, créanme; jamás, en el curso de mi existencia, había oído nada semejante... Incluso siento horror a expresarlo...

Pedro observó que, en efecto, el embajador aparecía muy pálido. Los zinovianos eran ya de por sí de piel muy blanca, pero la cara del embajador parecía pintada de yeso puro.

—¡Se ha cometido un asesinato! —exclamó Iju—Tanj de golpe, como si se tirase de cabeza, en pleno invierno, al agua a través de un agujero abierto en el hielo.

Pedro ocultó una sonrisa. La muerte de una persona, ciertamente, no era para echarse a reír; sin embargo, le parecía que no justificaba el trastorno del embajador.

—¿Ha estado usted alguna vez en Zino, capitán? —preguntó Iju—Tanj.

—No, excelencia; y la verdad es, dicha sin ánimo de molestarle, que he oído hablar muy poco de ese planeta.

El embajador se sirvió una nueva copa de vino.

—Estoy trastornado, trastornado… —repitió casi obsesivamente—. Cuando recibí el mensaje cifrado en que me comunicaban el horrendo crimen…

—Bueno —dijo Pedro—, no es agradable, pero tampoco es como para sufrir tanto. Se capturará al criminal y…

—¿Quién lo capturará? —preguntó el embajador. Dramáticamente, exclamó—: ¡Capitán, sepa que en mil trescientos años, este es el primer asesinato que se comete en Zino!

Pedro se quedó con la boca abierta.

—¿Qué? —dijo, estupefacto.

—Como lo oye, capitán. Trece siglos sin cometerse ni un solo crimen, ni siquiera el robo de un palillo de dientes… bueno, allí no los usamos… Y ahora, de repente…

Pedro miró a su acompañante. Wilkes mantenía su habitual cara de palo, y escuchaba al embajador como si oyera llover.

Iju—Tanj inspiró con fuerza.

—Perdón, capitán —dijo, tratando de sonreír—. Creo que estoy haciendo un drama de algo que no es sino cuatro líneas en una crónica de sucesos, terrestre, por supuesto. Pero imagínese lo que pasaría en su planeta, al cabo de trece siglos de paz perfecta, si ésta se alterase por un homicidio.

—Comprendo a su excelencia —dijo Pedro—. Sin embargo, no veo qué puedo hacer yo en este caso.

—¿Cómo? ¿Es que no…? Perdóneme, capitán; con este jaleo que tengo dentro de mi cabeza, olvidé decirlo. En Zino no hay policía. Si no hay crímenes de ninguna clase, ¿para qué queremos a los policías?

Un nuevo motivo más de asombro para Pedro, quien procuró disimularlo tras una cortés sonrisa.

—Claro, cuando no hay guerras, los ejércitos sobran —dijo.

—Exactamente; y por dicha razón, porque los zinovianos carecemos de policía es por lo que he requerido su concurso, a través de los canales diplomáticos correspondientes. Capitán, debe

descubrir al asesino y castigarlo. Si no lo consigue, el perfecto equilibrio de nuestro planeta se romperá y caeremos de nuevo en la barbarie.

A Pedro le parecía aquello un poco exagerado, aunque se abstuvo de expresarlo con palabras. El embajador prosiguió:

—Se facilitarán todos los medios precisos para descubrir al asesino. Cualquier cosa que pida le será concedida en el acto. Mil ochocientos millones de zinovianos estarán a su servicio, si es preciso... ¡pero encuentre al asesino!

—Haré lo que pueda —contestó Pedro, que no acababa de comprender del todo los motivos de una excitación tan grande—. No obstante, estimo que mi labor será muy difícil y...

—Llevo varios años en la Tierra y conozco su reputación, capitán —manifestó el embajador—. Estoy seguro de que es usted el hombre adecuado para llevar a cabo esta misión.

—Su excelencia me abruma —murmuró Pedro.

—Tendrá todo lo que pida —insistió Iju—Tanj—. Pero debo hacerle algunas advertencias.

—¿Sí?

—Primero, vestirá siempre de amarillo. La tradición dice que, cuando había policías en Zino, usaban siempre ropajes amarillos. Cuando, por falta de delitos, se suprimió la policía, el color amarillo quedó proscrito de la indumentaria.

Pedro torció el gesto.

—Así, pues, todo el mundo sabrá que soy un policía —dijo—. Eso no será precisamente una ventaja para mi labor.

—Lo siento, pero son órdenes taxativas de la Presidencia del gobierno de mi planeta.

—Podría negarme...

—No puede negarse —dijo Wilkes entre dientes—. Hay dos ministerios terrestres empujándole por la espalda con todas sus fuerzas.

—Bonita metáfora —masculló Pedro—. Color amarillo, está bien. ¿Qué más?

—Puede decirse que la ropa amarilla será lo único que pueda disgustarle durante su estancia en Zino, capitán —continuó el embajador—. Por lo demás, como digo, tendrá carta blanca para hallar al asesino. Su cargo le dará derecho, sin más, a interrogar a

cualquier ciudadano zinoviano y a penetrar en los domicilios sin previo aviso y sin necesidad de mandamiento judicial.

—No está mal —aprobó Pedro, haciendo una mueca—. ¿Algo más, excelencia?

—En Zino no hay vehículos. Cada ciudadano dispone de un cinturón individual de traslación instantánea. Dentro de los límites atmosféricos de este planeta, usted podrá ir y venir donde lo desee o donde lo estime necesario, trasladándose en un segundo, tanto como si su punto de destino está a cien metros, como si se halla en los antípodas.

—Si vendiesen aquí la patente de ese aparato, se harían ricos —sonrió Pedro.

—Se le facilitará un cinturón en el momento de su llegada al planeta —declaró Iju—Tanj—. Su manejo es sencillo y usted no es torpe, capitán. Puesto que no conoce Zino, hemos creído lo más conveniente someterle a unas sesiones intensivas de enseñanza hipnopédica, en donde aprenderá todo lo más importante de nuestro planeta: costumbres, historia, geografía, clima, relaciones con otros planetas... Asimismo, puesto que el crimen se ha cometido en Zinia, la capital —lo cual no asegura que el criminal sea de allí—, aprenderá de memoria el plano de la ciudad, y de algunas de las más importantes.

—Me parece muy bien —aprobó Pedro.

—Las sesiones empezarán mañana, con objeto de que tenga hoy todo el día libre para preparar sus cosas. Naturalmente, se le instruirá también de las circunstancias del crimen y de la identidad de la víctima. Recibirá, hipnopédicamente, un informe completo del suceso, para que, cuando llegue a Zino, lo sepa todo ya.

—Excepto la identidad del asesino —dijo Pedro, sonriendo.

—Usted sabrá encontrarlo muy pronto. El castigo del criminal nos permitirá conservar la paz y la tranquilidad de que hemos disfrutado durante mil trescientos años.

—No lo dudo... —de pronto, Pedro se acordó de una cosa y se puso a sudar—. Soy alérgico a los viajes interestelares, excelencia.

En cierta ocasión había hecho un viaje a Vega, a sólo veintisiete años luz de la Tierra. Pedro se ponía malo cada vez que se acordaba de sus experiencias cuando la nave entraba y salía en el hiperespacio. El regreso le costó dos meses de hospital.

—Es un problema resuelto —dijo Iju—Tanj sonriendo—. ¿No sabía que los zinovianos tenemos una puerta estelar en la Embajada?

Pedro puso cara de tonto.

—¿Puerta estelar? —repitió.

—Sí, claro. Una especie de cinturón traslatorio instantáneo, pero con dimensiones interplanetarias. Usando esa puerta estelar, el viaje hasta Zino le costará escasamente cinco minutos. Por ahora, sólo se construyen para personas; las mercancías deben viajar en naves ordinarias. Pero confiamos en que un día puedan construirse puertas estelares de la suficiente potencia y tamaño como para poder enviar a su través indistintamente personas y mercancías en número y cantidades sin límite.

—Estoy asombradísimo —manifestó Pedro sinceramente—. Nunca había oído hablar de nada semejante.

El embajador sonrió.

—En Zino verá todavía cosas más sorprendentes, capitán —dijo —. Bien, le agradezco haya aceptado el encargo. Mil ochocientos millones de zinovianos recordarán su nombre mientras viva, puedo afirmarlo desde aquí.

—Sin contar con la fama que adquirirá usted en la Tierra —terció Wilkes.

—Eso no me importa en absoluto —refunfuñó Pedro—. ¿Cuándo da comienzo la primera sesión de enseñanza hipnopédica?

—Mañana, y durarán tres días. Al cuarto, emprenderá el viaje y, ya desde su llegada, deberá empezar a actuar.

Cuando salieron a la calle, los periódicos llevaban ya la noticia. Sus titulares eran escandalosos:

¡Mil trescientos años sin un crimen!
¡Un policía terrestre, contratado para descubrir al asesino!
¡En Zino no hay policía! ¡Recurren a la Tierra para hallar al asesino!
¡Pedro Gandar, designado investigador con plenos poderes!

Las informaciones, además, traían la fotografía del joven oficial de policía, del cual hacían grandes elogios, desmesurados en opinión del propio interesado. También se publicaban biografías

resumidas, con numerosos detalles de su actuación al servicio de la ley y el orden, desde los diecinueve años, en que había entrado como simple aspirante, hasta la actualidad, a los treinta y cuatro, en que ya había alcanzado el grado de capitán.

—Me parece que hay por ahí un departamento de Relaciones Públicas que ha actuado con mucha presteza —refunfuñó Pedro, después de hojear unos cuantos diarios.

Wilkes sonreía socarronamente.

—Sí, eso parece —convino.

—¿De qué se ríe usted? No es cosa como para echarse a llorar, pero tampoco para juerguearse.

—Deje que me ría un poco, capitán —pidió Wilkes—. Su excelencia, el embajador, no le ha contado todo.

—¿Qué ha omitido? —preguntó Pedro, frunciendo el ceño.

—En Zino, como ya ha oído, no hay policías. Es lógico, puesto que no existe el crimen. Pero si no hay crímenes, lo más normal parece ser que no existan ciertos cargos.

—¿Adonde quiere ir usted a parar, Morton?

—No hay crimen, no hay policías... ni jueces ni abogados ni... En resumidas cuentas, usted tendrá que hacerlo todo: será policía, juez, jurado... ¡y verdugo!

CAPÍTULO III

En los tres días siguientes, Pedro recibió montañas de correspondencia. No contestaba al teléfono, pero no podía negarse a recibir las cartas y los telegramas que, literalmente, le traían a camionadas.

Los mensajes contenían de todo. Los había de aliento y de insulto; de felicitación y de despecho; desde el que le estimulaba con un vibrante «¡Hala, macho!», escrito en sesenta y cuatro idiomas, hasta el que le llamaba «enchufado»; desde el que le proponía, de paso que buscaba al criminal, ejercer de representante de su fábrica de prendas íntimas femeninas, pues se suponía que las zinovianas tenían que ser guapísimas, hasta el que le ofrecía las armas que fabricaba, con una sustanciosa recompensa, con tal de divulgarlas en Zino.

Le escribieron quienes sostenían que aquella era la mejor ocasión para propagar el verdadero neosocialismo —¡cincuenta y dos especies de neosocialismo!—; le escribieron distinguidos miembros de todas las religiones, pidiéndole se dedicara a misionar en Zino; le escribieron dirigentes de sectas políticas, de las que Pedro no había oído hablar en los días de su vida, y asociaciones benéficas de todo género; le pidieron dinero, y le enviaron dinero, y le pidieron en matrimonio y se le ofrecieron en matrimonio miles de mujeres de todas las razas, edades, tallas y colores.

Era el hombre más famoso de la Tierra.

El único policía en un mundo sin policías.

Los periódicos dijeron también de todo, desde los «nacionalistas» a ultranza, que sostenían que la Tierra era el ombligo de la Galaxia y que ahora iban a saber los zinovianos lo que era bueno, hasta los aislacionistas que clamaban por lo que decían era una clara injerencia en asuntos de otros planetas.

Parecía como si todo el mundo se hubiera vuelto loco.

El único que se mantenía cuerdo era, claro, el propio Pedro Gandar.

Lo único que hizo fue entregar las cartas a su Departamento. Las que contenían dinero y cheques fueron escrupulosamente separadas y restituido el dinero a sus dueños, cuando no era de procedencia anónima. En este caso, pasaba al fondo benéfico de la policía. De las demás cartas, en cuanto pasó de las doscientas primeras, ya no hizo ni caso.

Morton Wilkes fue a despedirle, momentos antes de que se dirigiera a la Embajada de Zino para emprender el viaje.

—En menudo jaleo me ha metido usted —se quejó Pedro, apenas lo tuvo a la vista.

—Yo, no; han sido dos ministerios —respondió Wilkes tan fresco —. Yo sólo me he limitado a cumplir instrucciones.

—Sí, desde luego —suspiró Pedro—. Pero mi misión no tiene un comienzo demasiado agradable.

—¿Por qué dice eso?

Pedro señaló un montón de periódicos que había sobre una mesita contigua.

—¿Ha leído la prensa? —preguntó.

—Es uno de mis trabajos en el ministerio —contestó Wilkes—.

No me negará que, aunque efímeramente, está gozando de una popularidad maravillosa.

—Sí; y como fracase, me crucificarán y dirán que nunca debió encargarse esta misión a un inepto, que ha puesto en entredicho la competencia de los policías terrestres. Es probable que incluso no pueda regresar siquiera al planeta.

—Vamos, vamos, no sea pesimista. Estoy seguro de que su misión va a ser muy fácil y agradable.

—Eso se dice pronto, Morton. ¿Qué pasará cuando encuentre al criminal? ¿Qué pena debo aplicarle? Usted mismo dijo que seré juez, jurado y verdugo, después de que haya cumplido con las funciones de policía.

—¿Qué dice la historia de Zino a este respecto? —respondió Wilkes—. Cuando había crímenes y criminales, ¿qué penas se les aplicaba? Actúe por analogía...

—Eso no sirve, Morton; ahora, a un asesino, en la Tierra, no se le pueden aplicar las mismas apenas que hace quinientos años: tortura, decapitación, descuartizamiento, la hoguera... Tendré que inventarme un código nuevo y aplicable a un caso único.

—Es probable que sea así; de todas formas, ¿no se le ha concedido carta blanca? Tiene que encontrar al asesino y castigarlo; se lo dijo el embajador. Y cuando un embajador habla oficialmente, es que representa a su planeta, y lo que él ha dicho aquí, dicho queda en Zino.

Pedro calló unos momentos. Después de reflexionar un poco, dijo:

—Cuando encuentre al asesino, tendré que actuar de juez, jurado y verdugo. Pero también tendré que desempeñar otros dos papeles, puesto que no habrá en Zino gente capacitada para hacerlo.

—¿A qué se refiere, capitán?

—Tendré que ser también, yo mismo, fiscal y abogado defensor. Alguien tiene que acusar al asesino y alguien deberá defenderlo, ¿no cree?

Wilkes sonrió ladinamente.

—Capitán, estoy seguro de que usted sabrá desempeñar hábilmente todas esas funciones y que llegará al final de todo, tras encontrar al autor del crimen, habiendo pronunciado un veredicto

justo e inapelable.

Poco después, llegaron a la Embajada zinoviana.

Pedro fue introducido en un cuarto, en donde le dejaron solo uno minutos para que se cambiara de ropa. El traje amarillo que debía llevar puesto mientras permaneciera en Zino era de una sola pieza, de un tejido esponjoso y suave al tacto, y se acomodaba fácilmente y sin agobios al cuerpo.

Unos zapatos del mismo tejido completaron su atuendo. Luego, el embajador le dijo:

—En la puerta de llegada le entregarán el cinturón traslatorio y un collar traductor y le darán las instrucciones para su manejo. No se preocupe por la comida; podrá alimentarse en cualquier parte; abundan las máquinas dispensadoras de comida en todas las calles de cualquier ciudad de Zino.

»Cualquier cosa que necesite, no la pida; tómesela sin más. Todos los ciudadanos de Zino están advertidos ya de ello y pasarán la factura de lo que adquiera a nuestro gobierno. En cuanto al traje, no se moleste en lavarlo; métase bajo la ducha; será suficiente. Hay secadores de aire caliente que le dejarán seco en un par de minutos. Los que le entreguen los aparatos mencionados le indicarán también su alojamiento. ¿Algo más, capitán?

Pedro hizo un gesto con la cabeza.

—Creo que es todo, excelencia —contestó.

—Bien, en tal caso, sígame —rogó Iju—Tanj.

El embajador abandonó su despacho y pasó a un cuarto que no tenía nada de particular, sino que carecía de ventanas y estaba absolutamente desprovisto de muebles. En la pared opuesta a la entrada se divisaba una cortina roja que parecía ocultar una puerta.

Iju—Tanj descorrió la cortina. La puerta estelar quedó al descubierto.

Era como una especie de cubículo de vidrio, empotrado en un hueco del muro, del que estaba separado por un espacio de unos dos centímetros. La caja medía dos metros de altura, por uno de anchura y algo menos de fondo.

El suelo era una rejilla de diminutos agujeros, muy próximos entre sí. No había más, por lo menos a la vista.

A la derecha del cubículo estaba lo que parecía ser la caja de mandos. Iju—Tanj presionó un botón y la pared de vidrió giró a un

lado.

—Ya puede entrar, capitán.

Pedro se volvió.

Sólo estaban ellos tres. Morton Wilkes le contemplaba con una expresión mezcla de compasión y socarronería.

—Buena suerte, capitán —dijo el terrestre.

—Salve a Zino, capitán —pidió Iju—Tanj.

Pedro no dijo nada. Cruzó el umbral y se situó en el centro de la rejilla.

La puerta se cerró silenciosamente. Pedro tragó saliva.

El embajador tocó unos cuantos botones. De pronto, Pedro entró en un túnel de absoluta oscuridad.

Le pareció que la Tierra se alejaba con vertiginosa rapidez, pero no hubiera podido afirmar que se trataba de una sensación objetiva. Más bien creyó era una especie de pesadilla que sufría estando despierto.

El silencio le envolvió por completo, pesado, abrumador, opresivo. Era el silencio absoluto, la quietud de la nada infinita. ¿Por dónde viajaba? ¿En dónde se encontraba?

No sentía nada; carecía de los sentidos de la vista y del oído.

Y del tacto.

Quiso tocarse a sí mismo y «no se encontró».

No existía.

Sólo pensaba, no podía hacer otra cosa.

Creía mover las piernas y los brazos, pero cuando intentó tocarse los muslos y las rodillas, no encontró nada. ¿Dónde estaba «él»?

¿Qué quedaba de él? ¿Sólo su mente?

El tiempo se le hizo una cosa fija, inmóvil. Era como si de pronto se hubieran detenido todos los relojes del Universo; como si aquella dimensión hubiese dejado de existir.

De pronto, divisó a lo lejos un puntito luminoso.

Apenas era mayor que una chispita, la llama de una cerilla en una noche oscurísima y a mil metros de distancia. Pero la chispa creció, creció y de repente…

Pedro parpadeó. Había luz.

Había llegado al término de su viaje.

¿Por dónde había ido para recorrer, en cinco minutos, una

distancia de setecientos años luz?

Era algo que no podía saber y, además, para él carecía de importancia en aquellos momentos.

Contra lo que creía, la puerta de llegada no estaba situada en el interior de un edificio, sino fuera, en el exterior, a poca distancia de las primeras casas de Zinia, la capital del planeta donde no había policía.

Delante de él divisó a tres hombres. Estaban detrás de una mesa situada ante la puerta de vidrio de su jaula.

Uno de ellos se separó de la mesa, abrió la puerta y volvió a su sitio. El que estaba en el centro le hizo señas de que saliera.

Pedro obedeció. El zinoviano le indicó con la mano un pequeño collar de cuentas planas de metal, del que pendía un disco grueso, de cantos redondeados, de unos seis o siete centímetros de diámetro.

Pedro entendió que debía ponerse el collar. Apenas lo hizo, el zinoviano le dijo:

—Ese collar es una traductora automática. Con él podrá hablar con quien lo desee, sin necesidad de intérprete. Todos entenderán su lenguaje y usted entenderá el de las personas con quienes hable.

—Comprendo —respondió Pedro.

—Ahora, póngase el cinturón. El mecanismo de la hebilla es fácil de manejar.

Pedro contempló ceñudamente a los tres zinovianos.

Permanecían inmóviles. Ninguno de ellos daba la menor señal de ayudarle. Ni siquiera le habían saludado ni ofrecido la bienvenida a su planeta.

Los zinovianos vestían trajes análogos al suyo, pero de distintos colores, vivos y fuertes. Ninguno de ellos llevaba encima el menor trozo de tejido amarillo.

Empezó a comprender lo que sucedía. Por un instante, se sintió tentado de mandarlo todo al diablo y pedir que le devolviesen en el acto a la Tierra.

Una ligera sonrisa apareció en sus labios. Sí, iba a ser divertido. Iba a luchar contra mil ochocientos millones de zinovianos.

Una contienda singular. Era un acicate para conseguir el triunfo.

Se colocó el cinturón. Era ancho, algo pesado, pero se acomodaba bien a su cintura. A ambos lados de la hebilla tenía dos

filas de botones, en serie de a tres.

Cada botón era de un color, empezando por el blanco y terminando por el violeta. Faltaba el amarillo y los tonos de los colores seguían el orden de espectro solar.

En total, había seis botones; tres a cada lado. El zinoviano dijo:

—El botón blanco es el primero de todos. El violado es el último. Cada uno de ellos abarca una distancia determinada. Así, por ejemplo, el blanco le permitirá recorrer distancias de cero a quinientos kilómetros, no importa el espacio ni los obstáculos que deba salvar. El segundo botón es para distancias de quinientos a mil kilómetros; el tercero, de mil a cinco mil; el cuarto, de cinco a diez mil; el quinto, de diez a veinte mil y el último de veinte a cuarenta mil kilómetros.

»Verá también una cajita plana, que parece empotrada en el cinturón, a la derecha de la hebilla. Cuando tenga precisión de desplazarse, sáquela con dos dedos; queda unida al cinturón por un cable que se repliega automáticamente al volver la caja a su posición inicial. Pronuncie delante de la caja, con los labios a una distancia de cinco a diez centímetros, la dirección, por coordenadas, del lugar al cual haya de dirigirse. Vuelva luego la caja a su sitio y, a continuación, presione el botón correspondiente, cuidando que la distancia a recorrer esté comprendida en los límites requeridos.

Y antes de que el asombrado Pedro pudiera formular más preguntas, los zinovianos pusieron en funcionamiento sus respectivos cinturones traslatorios y desaparecieron de su vista como si jamás hubieran existido.

Pedro permaneció inmóvil unos momentos. Luego sonrió.

—El combate ha empezado —murmuró, a la vez que sacaba la cajita de órdenes.

CAPÍTULO IV

La ciudad estaba ante él.

Pedro conocía a Zinia por fotografías y diapositivas proyectadas en la embajada terrestre del planeta. La realidad, sin embargo, superaba a todo lo que podía imaginarse.

Era una urbe gigantesca. Los edificios alcanzaban alturas medias

de mil metros, pero no estaban apelotonados, sino que había entre ellos la suficiente separación para no dar la sensación de que era una selva de árboles de cemento. Se perdía de vista a derecha e izquierda y en el horizonte.

Naturalmente, había casas de menor altura, pero edificadas de un modo escalonado, armónico, sin que se rompiera la estética del conjunto. No se divisaban vehículos de ninguna clase, aéreos o terrestres.

Antes de emprender la marcha, quiso conocer personalmente, aunque fuese sólo en una ínfima parte, algunas de las características de la ciudad. Alzó la voz y, lentamente, dijo:

—Al centro de la ciudad.

Inmediatamente presionó el botón blanco.

«Bueno, ¿a ver qué pasa ahora?», se dijo.

Pasó, simplemente, que el panorama cambió de un modo instantáneo.

Ya no estaba en el campo, a extramuros de la ciudad, sino en el centro de una vasta plaza de forma octogonal, flanqueada por altísimos edificios, algunos de los cuales desaparecían a veces entre las nubes que corrían perezosamente por la atmósfera. La gente iba y venía tranquilamente, como disfrutando de la agradable temperatura del ambiente.

De pronto, un zinoviano le vio y se fijó en su traje amarillo.

El zinoviano escapó en el acto, utilizando su cinturón traslatorio. Otro lo imitó dos segundos más tarde.

La gente se dispersó. En pocos momentos, la plaza quedó casi totalmente desierta.

Pedro frunció el ceño.

—Maldito color amarillo —masculló.

Su misión no se iba a ver facilitada si tenía que llevar el traje amarillo. «Los policías no han sido nunca demasiado apreciados —se dijo—, pero es que lo que pasa aquí es una exageración».

Caminó hasta quedar a uno de los extremos de la plaza. Un zinoviano le vio y empezó a manipular en su cajita de órdenes.

—¡Eh! —gritó Pedro—. ¡Usted! ¡Quédese quieto!

El zinoviano volvió la caja a su sitio.

—¿Pensaba marcharse? —preguntó Pedro.

—Sí, señor.

—¿Por qué? ¿Acaso me teme? ¿Es que piensa que voy a hacerle daño? ¡Conteste, hombre!

—No, no es eso, señor; es que...

—No me como a la gente, si es eso lo que está pensando. ¿Tiene miedo del color amarillo? ¿Acaso es usted el asesino?

El zinoviano estaba lívido. Pedro, repentinamente, se mordió los labios.

«Cuidado, estás portándote como un policía terrestre. Aquí no los hay; procura obrar con mesura».

—Le ruego me dispense, amigo —dijo suavizando su tono—. No quise atemorizarle. Pero me disgustó que todos huyeran al verme...

—El color amarillo nos hace daño a la vista —contestó el zinoviano, mirando hacia otro lado.

—¿El color amarillo... o la persona que viste un traje de ese color? Sea franco, se lo ruego —pidió Pedro.

—U... usted, señor. Es... la primera vez que veo a un policía...

Pedro sonrió.

—Son tan de carne y hueso como usted; y me han enviado para hallar al autor de un execrable crimen. Estoy aquí con el bien definido propósito de devolver la paz a su planeta. Considéreme como un amigo, más que como un hombre que viene a reprimir disturbios con mano dura.

El zinoviano le miró ahora, con expresión de alivio.

—Siendo así... —murmuró.

—Así es —corroboró Pedro—. Dispénseme de nuevo y siga, se lo ruego.

—Gracias, señor.

Pedro se quedó solo. A cuarenta o cincuenta metros, diez o doce curiosos habían contemplado audazmente la escena.

Se volvió hacia ellos. Los zinovianos escaparon en el acto.

Pedro meneó la cabeza.

—No va a ser fácil mi investigación —murmuró.

A pocos pasos, divisó una dispensadora de alimentos. Se acercó a la máquina y pidió de comer. Una pastilla de color achocolatado apareció en el acto en una bandeja. Pedro torció el gesto. Era la ración correspondiente a una comida.

—Aquí desconocen las virtudes de un buen filete con patatas fritas y un vaso de vino —masculló.

La pastilla era insípida y se deshizo fácilmente en su boca. Cinco minutos después, Pedro sintió que tenía la tripa tan llena como si hubiese hecho una comida pantagruélica.

—No sabe a nada, pero llena el estómago —se dijo.

Caminó sin prisas, un poco al azar. La gente evitaba cuidadosamente pasar por su lado.

De pronto, recordó una cosa.

El embajador le había dicho que los que iban a recibirle indicarían su alojamiento. El comité de recepción, en sus prisas por marcharse, había olvidado tan importante dato.

—Tendré que dormir en un banco de un parque público —murmuró resignadamente.

Todavía, sin embargo, quedaban muchas horas de luz. Zino era un planeta de características muy parecidas a la Tierra en este aspecto. Paseó durante largo rato, contemplando con ojos llenos de curiosidad los detalles más salientes de la urbe.

Delante de él, detrás, a derecha e izquierda, siempre había un espacio libre de personas. Cada vez que un zinoviano le veía, sufría un sobresalto.

Algunos se desmayaron. A Pedro le divertía y le enojaba a un tiempo. Era absurdo, se dijo... pero, ¿qué habría pasado en la Tierra, si sus habitantes no hubiesen visto un policía en trece siglos?

De pronto, un zinoviano apareció delante de él, a cuatro pasos de distancia.

Pedro le miró con interés.

—Capitán —dijo el nativo.

—¿Sí?

—Perdón, señor. Cuando llegó, olvidamos indicarle su alojamiento. En el momento que desee descansar, pronuncie solamente esto: 40—40—F—L—40. Es la cifra de código de su domicilio. Según a la distancia que se halle, oprima a continuación el botón correspondiente. ¿Lo recordará?

—40—40—F—L—40 —repitió Pedro—. Perfecto, señor...

—Bancl, capitán. Y ahora, con su permiso...

—¡Un momento, señor Bancl!

El zinoviano le miró un tanto sorprendido.

—Estoy a sus órdenes, señor —dijo.

—Puesto que usted ha formado parte del comité de recepción,

me imagino que debe de ser un funcionario, ¿no es así?

—En efecto, capitán

—La gente me mira como a un ser repugnante. Haga el favor de indicar a sus superiores que no abrigo hostilidad contra nadie, salvo contra una persona, a la cual no es preciso mencionar. ¿Me ha comprendido?

—Sí, señor. Haremos una emisión especial para exponer sus deseos, capitán. ¿Algo más?

Pedro vaciló un momento.

—No, eso es todo. Gracias, señor Bancl —contestó.

El zinoviano se marchó. Pedro volvió a quedarse solo.

Al cabo de unos momentos decidió conocer su alojamiento.

Sacó la cajita de órdenes y pronunció la cifra de código. Presionó el botón blanco; suponía fundadamente que su alojamiento no podía hallarse a una distancia superior a los quinientos kilómetros.

Inmediatamente, se encontró en una habitación amplia, de grandes ventanales, con pocos pero elegantes muebles. El suelo era blando, pero no causaba dificultades para caminar. Los colores eran suaves, matizados.

En otra habitación, divisó una dispensadora de alimentos. Había también un cuarto de baño. Eso era todo.

El salón adonde había llegado era de forma aproximadamente cuadrada y medía unos diez metros de lado. Sólo tenía unos cuantos cojines; la excelente temperatura que reinaba, hacía innecesarias las ropas de cama.

Pedro se tendió en la cama. Cerró los ojos un momento.

«He venido aquí para descubrir al autor de un crimen», pensó.

»Nombre de la víctima: Palig Pail.

»Edad: cuarenta y un años.

»Sexo: varón. Estado: soltero.

»Profesión: técnico en dietética.

(«¿Habrá sido asesinado por alguna gorda, en la que fallaron los procedimientos de adelgazamiento de Palig?»)

»Es un chiste malo. No debe de haber gordas mezcladas en este asunto.

»Testigos: ninguno.

»Se descubrió el crimen: porque Palig faltó a su trabajo.

»Huellas: cero.
»Arma empleada para cometer el crimen: puñal.
»Paradero del arma: desconocido.
»Motivos contra Palig: ninguno.
»Domicilio: cifra de código 75—57—Y—A—55. (¿Dónde diablos cae eso?)
»Motivos del crimen: ¿Cuáles pueden ser? No hay celos, ni dinero para robar, ni odio, ni envidia, ni lo que los psiquiatras suelen llamar desequilibrio momentáneo de la mente.
»Pero un hombre ha muerto en un planeta donde ni siquiera hay cuchillos para cortar el pan.
»Y yo tengo que encontrarlo.
De pronto, sin saber cómo, se quedó dormido.
Cuando se despertó, era de noche.
La habitación estaba a oscuras. Al sentarse en la cama, se encendieron las luces, suaves, situadas en pantallas que matizaban el resplandor.
Fue al baño y se metió tal como estaba bajo la ducha, aunque después de haberse despojado de la traductora y el cinturón traslatorio. Cuando paró el aflujo de agua, el secador automático entró en funciones.
Luego «cenó».
—A cualquier cosa se le llama cena aquí —dijo, evocando el pavo asado que habían comido juntos él y Wilkes.
Luego marcó la cifra de código del lugar del crimen y presionó el botón blanco. Le pareció que no había cambiado de habitación.
Estuvo a punto de creer que el aparato no había funcionado. La disposición del apartamiento de Palig Pail, la víctima, era absolutamente idéntica a la del suyo.
Sin embargo, variaban ligeramente algunos tonos de los tapizados y no tardó en darse cuenta, además, que el paisaje urbano que se divisaba desde las ventanas era muy distinto del que veía desde su piso.
Aparte de ello, Palig había vivido a relativamente a poca altura del suelo, sólo un cuarto piso, mientras que a él le había sido asignado nada menos que el piso 311.
El lugar estaba completamente en orden. Pedro se asomó al baño, sin hallar nada de particular. Por lo que sabía, Palig había

sido hallado en un punto situado casi en el centro de la estancia. En la Embajada de Zino en la Tierra le habían informado al respecto.

Las sesiones de enseñanza hipnopédica le hacían recordar en sus menores detalles cuanto le habían hecho aprender. Así, pues, conocía exactamente el lugar donde había sido hallado el cadáver.

Se arrodilló. De pronto frunció el ceño.

Estaba viendo algo que no podía distinguir bien y que, sin duda, no pertenecía al tapizado del pavimento. Pero era una cosa tan pequeña, que no podía saber qué era, mientras no dispusiera de una potente lupa de aumento.

Y no la tenía en aquel momento. Aquel minúsculo objeto, que brillaba ligerísimamente, era algo completamente extraño al pavimento. Le pareció que era un objeto de vidrio, pero no pudo asegurarlo.

«Mañana iré a ver a alguien que pueda procurarme una lupa.

De pronto, al mirar hacia la puerta, vio en la alfombra una serie de pisadas que parecían atravesar el salón y llegar hasta el punto donde él continuaba arrodillado.

Las pisadas estaban apenas marcadas y no habría podido verlas, de no ser porque, en la posición en que se hallaba, su vista seguía una dirección pronunciadamente oblicua. Al ponerse en pie, vio que desaparecían las huellas.

Se arrodilló nuevamente y las huellas reaparecieron. Pedro pudo darse cuenta de que no pertenecían al muerto.

Palig Pail había sido hombre de notable estatura. Aquellas huellas pertenecían a un sujeto incluso más bajo que él mismo.

«Tendré que procurarme el equipo preciso para investigar», se dijo. Y en aquel momento, sintió ruido en la entrada.

Fijó la vista en la puerta. El hecho de que los zinovianos dispusieran de cinturones traslatorios instantáneos, no significaba que el acceso a sus casas no se pudiera efectuar por medios normales. La puerta se abrió y una mujer, joven y esbelta, entró en el piso.

Pedro creyó que estaba soñando al reconocerla. Ella se sorprendió tanto como él, por lo menos.

Era Marnie Hills.

CAPÍTULO V

Durante unos segundos, Pedro y Marnie permanecieron en silencio. Luego ella pareció reparar en el color amarillo de la vestimenta del policía y una mueca de disgusto se reflejó en su rostro.

—Policía —dijo.

—Sí, señorita Hills —contestó Pedro—. ¿Puedo preguntarle qué hace aquí?

—Puede preguntármelo, pero no estoy segura de que le conteste —declaró ella fríamente.

—¿Tiene algo que ocultar? —dijo él en tono irónico.

—No. ¿Por qué?

Pedro se fijó entonces en que la joven llevaba pendiente del brazo un bolso de color azul oscuro y de forma rectangular. Marnie vestía de una manera idéntica a la suya, salvo que el color de su traje de una sola pieza era de un tono rosa muy vivo, casi rojo. La mano izquierda de la muchacha reposaba con cierta fuerza sobre la tapa del bolso.

—Usted y yo nos encontramos en la Tierra. ¿Lo recuerda?

—No lo he olvidado, señor Gandar —respondió Marnie.

—Capitán Gandar, si no le importa —corrigió él, en tono oficial —. Dígame, ¿terrestre o zinoviana?

—Zinoviana —respondió ella.

Pedro arqueó sus cejas.

—¿Con un nombre enteramente terrestre? —preguntó.

—Es la traducción, muy aproximada, de mi nombre zinoviano. Me lo cambié porque me gustaba más —explicó Marnie.

—Vamos, una «snob» —sonrió él irónicamente.

—Hay muchos como yo en Zino —contestó Marnie sin afectarse por aquella calificación.

—Bien, admitámoslo. Ahora, dígame, ¿qué hacía en la Tierra?

—¿Le importa mucho, capitán?

El índice de Pedro apuntó al suelo.

—En esta misma habitación se cometió un crimen —dijo—. El gobierno de Zino me ha encargado su esclarecimiento. Para ello me ha conferido jurisdicción suficiente sobre todos y cada uno de los habitantes de este planeta. Usted ha declarado que es zinoviana, así

que conteste a mis preguntas.

—¿Y si me niego?

—No puede negarse... y la consideraría entonces como sospechosa. ¿Conocía a Palig Pail?

—¿Quién era Palig Pail?

—La víctima. Responda, señorita Hills: ¿Conocía a...?

—No, capitán, en absoluto.

—Bien, lo admitiré... con las debidas reservas. Ahora, contésteme a la pregunta anterior. ¿Qué hacía en mi planeta cuando nos encontramos?

Marnie se mordió los labios.

—Pertenezco al Ministerio de Historia de Zino —dijo—. Estoy redactando una tesis para mi doctorado y se me ocurrió que podría conseguir... digamos ganancias intelectuales si me desplazaba a su planeta.

—Siga —indicó Pedro brevemente.

—En aquel lugar donde nos conocimos, se celebró hace muchísimos años una importante batalla. Por sus características estratégicas y tácticas, es asombrosamente parecida a otra que se produjo en Zino hará unos dos mil ochocientos años. Me pareció que estaría bien realizar un estudio comparativo de ambos acontecimientos históricos, eso es todo.

—Parece una respuesta congruente —admitió Pedro—. ¿Cómo se desplazó hasta la Tierra?

—A la ida, en una nave interestelar corriente. Al regreso...

Pedro sonrió.

—No siga. Usó la puerta estelar de la embajada.

—Exactamente.

—Bien, ahora dígame qué ha venido a hacer al escenario del crimen.

—Ya le he dicho que pertenezco al Ministerio de Historia.

—Sí, lo sé.

—El primer crimen cometido en mil trescientos años, hará historia. Simplemente, quería conocer el lugar del suceso.

—Usted tiene cinturón traslatorio. ¿Por qué no lo ha empleado?

—Lo usé hasta la puerta del edificio. Ignoraba si el piso habría sido ocupado de nuevo. Entre nosotros, es de mal gusto entrar por medio de cinturones en casa de otro, si no se es familiar, amigo

muy íntimo o se cuenta con el permiso del ocupante del piso.

Pedro sonrió.

—Una fórmula muy similar a las terrestres en tales circunstancias. Está bien. Ahora, enséñeme lo que tiene en su bolso.

Marnie retrocedió un paso.

—Usted no tiene derecho...

Pedro levantó el dedo índice.

—Recuerde que poseo una autoridad prácticamente absoluta para investigar el crimen — dijo.

—Bien —se resignó ella—. Traigo una cámara fotográfica para tomar placas del lugar del suceso... y mis objetos personales, por supuesto.

Pedro movió la cabeza.

—Tendrá que posponer la toma de fotografías —dijo.

—¿Por qué? —preguntó ella.

—Estoy realizando investigaciones. Mientras yo no lo disponga, nadie podrá entrar ni hacer nada en este piso.

—Eso significa que me echa.

—Puedo acompañarla, si no le importa. Por hoy he terminado —sonrió el terrestre.

—No, gracias; puedo irme sola perfectamente.

—Está bien. De todas formas, antes de irse, déme las coordenadas de su domicilio privado.

—¿Es obligatorio?

Pedro sonrió.

—Soy el hombre más odiado por mil ochocientos millones de zinovianos, pero todos ellos me deben obediencia. Al menos, en lo que concierne al esclarecimiento de la muerte dé Palig Pail.

—Pero yo no... Lo siento, capitán. Las coordenadas de mi domicilio son: 91-95-G-0-12.

—Es suficiente. Siento haberla molestado, señorita Hills.

—Es su oficio —repuso ella, haciendo una mueca.

Y se marchó sin despedirse siquiera.

Pedro se frotó la mandíbula al quedarse solo.

Había algo en las respuestas de la joven que no acababa de dejarle demasiado convencido.

Algunas de aquellas respuestas, opinaba, eran falsas. ¿Había tenido Marnie alguna relación con Palig Pail?

En tal caso, ¿qué especie de relaciones?

Si ello era cierto, resultaba un notable contraste. ¿Qué podía unir a una historiadora y a un especialista en dietética?

Había visto las fotografías del muerto, vivo todavía. Le había parecido un sujeto vulgar, adocenado, como los que en la Tierra leen de los periódicos sólo las páginas de deportes o de sucesos, y en la televisión sólo contemplan las películas policíacas o de vaqueros. De aficiones intelectuales, en su opinión, cero.

¿Y Marnie?

—Con la figura que tiene, a ella le hacía tanta falta un especialista en dietética como veinte céntimos a un millonario —fue el resumen final de sus pensamientos.

Al día siguiente, a las nueve en punto de la mañana, hora local, estaba ante la puerta del Ministerio que correspondía al de Asuntos Extraterrestres y que allí recibía el nombre de Relaciones Interestelares.

Había algunos sujetos que tenían todo el aspecto de ordenanzas. Le miraron con repugnancia no disimulada, pero permanecieron en sus puestos.

—Soy el capitán Gandar, policía de la Tierra —se presentó—. Quiero hablar con alguno de los funcionarios del comité que acudió ayer a recibirme.

Uno de los ordenanzas desapareció en el interior del edificio. Pedro tuvo que esperar veinte minutos en la puerta.

Nadie le invitó a pasar y sentarse en alguna sala de espera. Los ordenanzas le ignoraron olímpicamente. La gente que circulaba por los alrededores daba un rodeo para no pasar demasiado cerca de él.

Un hombre apareció por fin. Era Bancl.

—Capitán —dijo—, dispense mi tardanza. Estuve despachando algunos asuntos de urgencia...

Estaba mintiendo. Le había hecho aguardar deliberadamente, pero Pedro prefirió callar.

—Comprendo, señor Bancl. Quiero pedirle un favor.

—Sí, capitán.

—Primero, declare clausurada la casa donde murió Palig Pail. No quiero que nadie entre en ella hasta que yo lo disponga.

—Nadie ha entrado...

—Ayer, cuando yo estaba buscando huellas, llegó cierta persona,

con un pretexto, al parecer, muy aceptable. No importa; ese apartamiento debe quedar clausurado hasta nueva orden mía, insisto.

—Lo tendré en cuenta, capitán. ¿Algo más?

—Sí. Necesito una carpeta con todas las amistades y conocimientos de Palig Pail y sus domicilios. Asimismo quiero saber dónde trabajaba…

—Temo que pide demasiado, capitán —le interrumpió Bancl.

—¿Por qué? —se extrañó el terrestre.

—Una carpeta con todos los datos que usted pide, habría exigido una investigación previa de la vida de Pail. Y eso es algo que debería haber hecho una policía que aquí no tenemos. Nadie se preocupa por las amistades de su vecino, a menos que sea específicamente su amigo.

—Vaya —resopló Pedro. Pero Bancl tenía razón; él le había pedido los resultados de una investigación policíaca, que no se había realizado, sencillamente, porque no existían los hombres encargados de hacerla.

—Muy bien —dijo momentos después—, al menos, podrá indicarme el lugar de trabajo. Allí sí se relacionaría con algunas personas, ¿no?

—Eso sí, capitán. Cuando regrese a su apartamiento tendrá ese dato —accedió Bancl—. ¿Qué más?

—Indíqueme dónde puedo adquirir una lupa de gran potencia. La necesito.

Bancl reflexionó unos momentos. Luego le citó unas coordenadas. Pedro empezó a pensar en la conveniencia de llevar consigo una agenda y un lápiz.

—Gracias, señor Bancl; eso es todo por ahora. Ah…

Agitó la mano derecha varias veces, como si espantase las moscas.

—¿Qué hace? —preguntó Bancl, extrañado.

—Estoy renovando la atmósfera, no sea que le haga daño a sus pulmones. Los dos hemos respirado el mismo aire durante unos minutos, ¿sabe?

Bancl enrojeció vivamente al comprender la alusión. Pedro volvió a sonreír y se despidió:

—Y gracias por la silla y los refrescos que me ha ofrecido, señor

Bancl. ¡Adiós!

Poco después, estaba en la tienda. El dueño, dependiente o lo que fuese, le entregó la lupa sin pronunciar una sola palabra. Pedro se llevó también una pequeña agenda y un lápiz, objetos ambos muy poco diferentes de los usados en la Tierra y, además, un trozo de papel fuerte y un rollo de cinta adhesiva.

Era una suerte, se dijo, que Zino fuese parecido a la Tierra en tantos aspectos. Pero la idiosincrasia de sus habitantes era completamente distinta.

No lo podía evitar, ni tampoco le interesaba. Volvió al lugar del crimen y, con la ayuda de la lupa, consiguió averiguar algo que le dejó sumamente perplejo.

Aquel supuesto trocito de vidrio era algo más: era diamante puro.

La lupa le reveló que había pertenecido a una gema de regular tamaño y que se había desprendido de la misma merced a un golpe. «¿Un golpe debido a una lucha entre dos personas?», se preguntó.

Guardó cuidadosamente el fragmento de diamante. Luego examinó las huellas.

Finalmente, pegó la hoja de papel fuerte en la parte exterior de la puerta. Cualquiera que intentase entrar en el lugar del crimen, leería:

Precintado por orden de la policía.

CAPÍTULO VI

Aquella tarde, recibió una sorpresa.

El lugar de trabajo del difunto se hallaba a dos mil cuatrocientos kilómetros de Zinia, la capital. En la carpeta que el aprensivo Bancl le había enviado, se detallaban las coordenadas.

Pedro decidió tomarse un descanso. Tenía la intención de empezar por interrogar a algunos de los altos empleados de la factoría donde Pail había estado empleado, pero según el informe, los trabajos cesaban relativamente pronto. Lo mejor era, se dijo, acudir al día siguiente, a una hora adecuada.

Su cena fue brevemente sustanciosa, pero no sabrosa. Echando

infinitamente de menos la comida terrestre, incluso las que allí calificaba de insípidas conservas, se tendió en el lecho y encendió la televisión para pasar el rato.

Un muro entero se iluminó a los pocos instantes. Estaban dando un programa cultural.

Era la vida de unos insectos microscópicos que, al aparecer en la pantalla del tamaño de la pared, aparecían como monstruos de espeluznante apariencia. En Zino había un único canal de T.V., con una sola emisora central y era preciso soportar los programas o apagar el televisor.

Por fortuna, aquel programa terminó casi en seguida. Sin interrupción —y para Pedro, lo que era mejor, sin anuncios—, se inició el siguiente.

Un locutor de rostro de palo dijo:

—Distinguidos espectadores. Vamos a pasarles a continuación un programa del máximo interés, redactado por la aspirante a profesora de Historia, Marnie Hills. Se trata del estudio comparativo de dos batallas acaecidas mucho tiempo antes, y muy distantes entre sí, en el tiempo y en el espacio...

Pedro se irguió vivamente. El nombre de Marnie había atraído su atención de modo instantáneo.

La figura de la joven apareció a poco en la pantalla, de un tamaño doble al natural. Su traje mono—pieza era ahora de color verde pálido.

Marnie hizo una ligera introducción, a modo de prólogo verbal, explicó sucintamente algunas de las características de las batallas y terminó diciendo que seguiría explicando los incidentes de las mismas mientras la pantalla proyectaba las imágenes de los hechos.

Pedro se sentía profundamente preocupado.

En un mundo donde el crimen había sido desterrado, ¿por qué proyectaban imágenes de violencia?

Tendría que averiguarlo, se dijo. De repente, sonó un cañonazo y casi se cayó de espaldas.

Un ejército napoleónico apareció en orden de batalla, avanzando hacia otro ejército que le esperaba en una llanura calcinada por el sol. Pedro contempló la escena con sumo interés.

Los actores parecía a veces que iban a salirse de la pantalla. El ruido, a pesar de estar matizado automáticamente por el regulador

de volumen, resultaba estruendoso. Los ayes de los moribundos le pusieron los pelos de punta. Cuando una granada estalló en medio de un pelotón de soldados y los despidió, hechos trizas, le pareció que la sangre iba a chorrear de la pantalla al suelo de la habitación.

La escena cambió y apareció otra muy parecida, salvo que los uniformes eran completamente distintos. La voz de Marnie se oía en «off», haciendo comparaciones entre una batalla y otra. La segunda, dedujo Pedro, era la sucedida en Zino dos mil ochocientos años antes.

De nuevo apareció la batalla terrestre. Pedro frunció el ceño.

Los uniformes eran demasiado auténticos. Pedro no había visto en su vida una película con escenas de batallas antiguas en donde una bala de cañón decapitase a un individuo. Los comparsas «morían» muy bien, pero no hasta el extremo de permitir que las balas les dejasen sin cabeza.

El programa duró un cuarto de hora más, alternándose las escenas de una y otra batalla. Al fin, Marnie, apareció, dio las gracias al auditorio por la atención dispensada, etcétera, etcétera, y anunció otro programa idéntico para dentro de veintiocho días.

Pedro se sentía sumamente preocupado. En aquel programa había ocurrido algo que no acababa de entender del todo bien.

Las escenas habían tenido un realismo demasiado sangriento. Claro que, pensándolo bien, la técnica cinematográfica había avanzado muchísimo. Aquellos cuerpos destrozados y sangrantes podían ser maniquíes hábilmente construidos, con sus depósitos de líquido rojo y todo, que derramaba en el momento de recibir el disparo. Sí, eso debía de haber ocurrido... aunque los gritos e imprecaciones de los combatientes habían parecido genuinos.

—En un jaleo así, los hombres sueltan unas palabrotas terribles —se dijo—. Y esos soldados, cuando menos los de la batalla terrestre, decían cada cosa...

Debía de ser, pensó alguna película de la nueva ola cinematográfica, esa inevitable «nueva ola» que surgía casi cada año.

«A lo mejor, estos cineastas han descubierto que hacer que los actores juren como carreteros queda muy bien.»

Luego apagó la televisión. De nuevo le largaban otro programa de animales que no tenían nada dé atractivos.

En uno de los rincones había una mesa con una pantalla de pequeñas dimensiones, que servía para las comunicaciones entre los habitantes de la urbe. Pedro sintió de pronto la necesidad de hablar con Marnie.

Pero desconocía su número. Supuso que alguien se lo diría y se acercó a la pantalla.

—Deseo información acerca del número de visófono de Marnie Hills — dijo en voz alta.

—Marque sus coordenadas domiciliarias —contestó una voz—. Será suficiente.

—Esto está bien —aprobó Pedro entre dientes—. El mismo número sirve para la casa y para el visófono.

Momentos después, la figura de Marnie aparecía en la pantalla.

—¿Desea algo de mí, capitán? —preguntó la joven heladamente.

—Sí. En primer lugar, deje que le felicite por su intervención en el programa de historia. Ha sido realmente magistral.

—Muchas gracias. He puesto en él todo mi mejor esfuerzo —contestó Marnie sin variar de tono.

—Pero hay algo que me extraña. En este planeta, no existe el crimen. Mejor dicho, no existía hasta hace unos días. ¿Por qué sirven al televidente programas tan violentos?

—Son programas culturales, no lo olvide usted. Comparamos un período histórico de la Tierra con otro análogo de nuestro planeta.

—También podían haber elegido vidas de santos —refunfuñó Pedro—. Es decir, si aquí tuvieron personas que alcanzaron la santidad...

—Las tuvimos —declaró Marnie impertérrita—. Es decir, se comportaron como los que ustedes llaman santos en su mundo.

—¿Entonces, si quieren desterrar definitivamente el crimen...?

—Usted no lo entiende bien, capitán. Esas escenas son una válvula de desahogo para los espíritus de los zinovianos, al par que fuente de cultura.

Pedro se quedó de una pieza.

—¿Eh? Pero ¿qué...?

—Ya lo ha oído, capitán. ¿Algo más?

—Sí, aguarde un momento. Imagino que aquí deben de tener gente que se dedica a producir películas, ya sean culturales, ya argumentales. Pero, ¿de dónde demonios ha sacado el filme de la

batalla terrestre?

—No es un filme, capitán, al menos en el sentido que usted da a esa palabra. Ciertamente, es una relación gráfica de aquel suceso, pero tomada directamente.

—¿Qué quiere decir con «directamente»?

—¡Qué torpe es usted! —se quejó Marnie—. La película… las películas, mejor dicho, fueron impresionadas directamente sobre el mismo campo de batalla.

Pedro sintió que se le aflojaba la mandíbula inferior. Antes de que pudiera decir nada, Marnie se despidió de él.

—Buenas noches, capitán.

La imagen de la joven se esfumó de la pantalla. Pedro cerró el conmutador y se acostó en el lecho.

Estaba hecho un puro lío. ¿Batallas como válvula de escape para unos ciudadanos eminentemente pacíficos?

—¡Y batallas auténticas, además! —exclamó, sin poder contenerse.

Ahora comprendía que la sangre que había visto derramarse era auténtica, que las palabrotas de los combatientes no eran una moda de algún director «nueva ola», y que las escenas reproducidas y contempladas eran las auténticas correspondientes al suceso histórico que se deseaba divulgar.

Pero, ¿cómo podían captar aquellas escenas? ¿Qué misterioso procedimiento permitía a los zinovianos recoger gráficamente sucesos acaecidos siglos antes?

—No cabe duda de que son unos tíos listos —murmuró, mientras se tendía en el lecho.

La ventana cercana llegaba casi hasta el suelo. Al echarse hacia atrás, la estancia quedó a oscuras.

Pedro contempló el maravilloso espectáculo de la ciudad, iluminada por millones de lucecitas que poco a poco, sin embargo, iban cediendo en número.

—Lo que más me gusta de todo esto es que no tienen anuncios luminosos —pensó, y a poco se dormía como un tronco.

Despertó muy temprano. Después del correspondiente aseo, tomó su desayuno, consistente en la clásica pastilla de alimento, suministrada por la máquina que tenía en el piso. Luego repasó otra vez la carpeta que le había enviado Bancl, fijando los detalles en su

mente y, por último, marcó las coordenadas de la factoría donde había trabajado la víctima.

Segundos más tarde, se hallaba ante la puerta de la factoría.

Era un edificio gigantesco, de más de tres kilómetros de longitud por el frente y unos cuatro de fondo. Su altura era de ciento cincuenta.

Los empleados se dirigían al trabajo. No eran muchos, sin embargo, lo cual dijo a Pedro que la labor debía de estar altamente automatizada. La factoría estaba rodeada en tres de sus lados por un enorme bosque de vegetales de todas clases, con árboles de cuarenta y cincuenta metros de altura media.

Máquinas de factura rarísima iban por aquel singular campo, que se perdía de vista en el horizonte, talando indistintamente todos los vegetales y formando con los recolectados enormes pacas, en donde la hierba, los arbustos y los árboles quedaban enormemente comprimidos. Luego aquellas balas desaparecían por una cadena sin fin en el interior de la factoría, Pedro supuso que para su transformación en las clásicas y poco agradables pastillas de alimento.

El lado libre daba a una vastísima extensión de terreno herboso, sin apenas árboles, donde pastaban decenas de miles de animales vagamente parecidos a los bovinos terrestres. Aquel colosal prado parecía no tener fin en todos los sentidos y el número de animales que vivían de la hierba parecía incalculable.

Otras máquinas, sobre ruedas, se movían entre los animales. De cuando en cuando, unas colosales pinzas atrapaban a una vaca y la arrojaban en una especie de tolva, de donde salía a poco transformada en un objeto de forma cúbica y de dimensiones inferiores a un metro de lado. Pedro no observó salida de sangre ni de desperdicios, lo que le dijo que allí se aprovechaba íntegramente al animal.

—Hasta los cuernos y las pezuñas —masculló, viendo centenares de aquellos cubos de materia orgánica prensada dirigirse hacia la compuerta correspondiente a la factoría.

Lo curioso del caso era que los otros animales no se movían ni manifestaban la menor alarma por el hecho de que centenares de ellos desaparecieran ante sus propios ojos. Su instinto, pensó Pedro, debía decirles que tal era su fin: servir de alimento a los humanos, y

se resignaban.

Luego caminó hacia la puerta de la factoría.

CAPÍTULO VII

El director era un sujeto estirado, llamado Ata—Blo, que parecía sentirse incómodo teniendo delante de sí a un policía.

Ello no le impidió, al igual que Bancl, portarse con deliberada descortesía. Pedro no sólo no fue invitado a pasar a la factoría, sino que ni siquiera llegó a acercarse a la puerta. Ata—Blo le recibió a diez metros de la entrada, contemplándole con mal disimulada hostilidad.

Los dos hombres se presentaron mutuamente. Ata—Blo dijo:

—Estoy dispuesto a responder a sus preguntas, capitán Gandar.

—Usted sabe por qué estoy en Zino —dijo Pedro—. Un empleado de su factoría fue asesinado. Quiero que me facilite detalles de su vida.

—Sólo puedo hablarle de Palig Pail en sentido profesional. No sé nada de su vida privada —contestó el director de la factoría.

—Muy bien. Entonces, dígame cuál era el cargo de Pail en la fábrica.

—Equilibrador de las proporciones compositivas de las pastillas alimenticias.

Pedro parpadeó. ¿Le hablaban en chino?

—Y eso... ¿qué es, director?

—Tenemos varios hombres que calculan la proporción de los ingredientes que componen cada pastilla alimenticia, de acuerdo con los artículos suministrados, la época del año, las necesidades humanas según la edad y el sexo o su estado de salud, por ejemplo... Un hombre sano y fuerte no puede comer lo mismo que un convaleciente o que un anciano o un niño...

—Comprendo. ¿Era un grado técnico muy elevado?

—Bastante, desde luego. Casi equivalente al de doctor... en su profesión, claro.

—¿Qué tal era Pail como empleado?

—Puntual, cumplidor y muy competente.

—¿Tenía enemigos?

Ata—Blo se horrorizó.

—Nadie tiene enemigos en Zino, capitán. Ninguno los tenemos.

—Pero alguien lo apuñaló, director.

—Lo siento, no puedo informarle.

—Esta factoría, me supongo, depende del Estado. Usted es su director. Usted debe de informar de la conducta de sus empleados.

—Así es —admitió Ata—Blo.

—En tal caso, informaría de la conducta de Pail.

—Sí, por descontado.

—¿Informe escrito?

—Sí.

—¿Tiene usted copia?

—No. ¿Para qué?

—Ese informe, ¿adónde fue remitido? Me refiero a los últimos informes, los de los meses o años recién pasados.

—Se envían semestralmente al Ministerio de la Energía Orgánica.

Pedro se quedó poco menos que turulato.

—Y eso, ¿qué diablos es?

Ata—Blo enrojeció.

—Ustedes le llamarían Ministerio de la Alimentación —contestó.

—Vaya con los eufemismos —rezongó el terrestre—. Son ganas de dar nombres raros a las cosas. Dígame, director, ¿tenía Pail amigos en la factoría?

—No, capitán.

—Es raro, ¿no le parece?

—¿Por qué iba a ser raro? Cada uno de nosotros viene a su trabajo, lo desempeñamos con el máximo de eficiencia y, terminada la jornada, regresamos a nuestras casas.

—¿Sin hablar con los demás compañeros?

—¿Es necesario hablar en el trabajo?

Pedro se pasó una mano por la cara. ¡Qué gente tan rara y tan poco sociable!

—Así, pues, para usted, Pail era un empleado competente, no tenía enemigos y usted no tiene la menor idea de los motivos por los cuales fue asesinado.

—En efecto, así es —contestó Ata—Blo.

Pedro se dijo que ya no sacaría más información del individuo.

Hizo un signo de asentimiento y se pertrechó de papel y lápiz.

—Déme sus coordenadas domiciliarias —pidió.

Ata—Blo obedeció y no de buen grado precisamente. Pedro simuló no advertir la contrariedad que se pintaba en el rostro de su interlocutor y, una vez anotados los datos, guardó la agenda y el lápiz.

—Eso es todo, director —dijo—. Y gracias por el sillón y los refrescos que me ha ofrecido.

Ata—Blo mantuvo su rostro impasible ante la pulla. Pedro solicitó a continuación los datos del Ministerio de E.O. y apenas los tuvo en su poder, presionó el botón traslatorio.

La maravillosa máquina le dejó ante la puerta de un edificio de severas líneas, guardado por dos sujetos de aire más bien aburrido. Al ver a Pedro, como sucedía habitualmente, se sobresaltaron.

—Deseo hablar con el encargado de la sección de archivo de informes de empleados —pidió.

Momentos después, un hombre aparecía ante sus ojos. Pedro ya se había habituado a que, a menos que lo exigiera, ningún zinoviano le recibiría en su casa o en el interior de su lugar de trabajo. El funcionario se puso a sus órdenes con fría cortesía y le preguntó en qué podía servirle.

—Ustedes guardan los informes semestrales de los empleados de las factorías alimenticias —dijo Pedro—. Quiero los correspondientes a Palig Pail de los tres últimos años, por lo menos.

—Bien, capitán.

El funcionario se desplazó nuevamente al interior del edificio. A poco vino con una caja oblonga en las manos, de unos treinta centímetros de lado, por diez de ancho y dos de grueso, que entregó al joven.

—Puede quedársela —dijo—. Nosotros tenemos otra copia. Los informes pueden ser reproducidos sonoramente sólo con apretar este botón...

En síntesis, era una especie de magnetófono. Pedro escuchó en silencio las instrucciones que le daba el empleado y, una vez hubo terminado, regresó a su casa.

Se tendió en el diván y puso la máquina en funcionamiento. Una voz conocida se oyó en el acto:

—Informe correspondiente al técnico Palig Pail —dijo Ata-Blo—.

Durante este último semestre ha desempeñado su cargo con habilidad y eficiencia.

Las innovaciones propuestas y expresadas en el anterior informe, continúan en estudio...

Ata-Blo siguió hablando. Nada de lo que decía tenía interés para Pedro, al menos, por el momento.

Un cuarto de hora más tarde, Ata-Blo dijo:

—Debo informar acerca de un incidente surgido en la factoría. El técnico Palig Pail ha de ser examinado médicamente. Cuando se dirigía a su laboratorio, increpó con duras palabras a uno de sus compañeros, llamado Taff-Eio, aunque no se logró conocer el origen de la disputa, dado que ninguno de los dos quiso dar explicaciones...

Pedro se incorporó vivamente. ¡Una disputa!

Algo inconcebible en aquel mundo pacífico. ¿Por qué habían peleado Palig Pail y el llamado Taff-Eio?

Ata—Blo le había ocultado el incidente. ¿Tenía algún motivo especial para callar?

Paró la máquina y se dirigió al visófono. Recordaba las coordenadas de la factoría y las señaló en el marcador. Un hombre apareció en la pantalla y Pedro dijo:

—Soy el capitán Gandar. Ordeno que el director Ata—Blo comparezca inmediatamente ante el visófono.

—Bien, capitán.

Ata—Blo no se hizo esperar.

—¿Capitán?

—Quiero decirle una cosa, Ata—Blo. ¿Le gustaría ser acusado de complicidad en un asesinato?

El zinoviano se puso mortalmente pálido. La cámara captaba fielmente los menores detalles de color y Pedro pudo apreciarlo fácilmente.

—No... no sé qué dice... —balbuceó.

—Usted me dijo que Pail no hablaba con nadie. Tengo aquí uno de sus informes, en el cual se expresa que Pail discutió casi violentamente con uno de sus compañeros. ¿Por qué no me lo dijo cuando conversamos hace bien poco?

—No... no creí que tuviera importancia... —se defendió Ata-Blo.

—El menor detalle puede tener una importancia vital en un caso

de homicidio. Dígame dónde está ese sujetó llamado Taff-Eio.

—Lo siento, capitán. Un accidente estúpido… Murió ahogado cuando se bañaba…

Pedro se mordió los labios.

—Muy bien. Dígame, Ata-Blo, usted sugiere en uno de sus informes que Pail sea reconocido médicamente. ¿Lo fue, en efecto? ¿Le visitó algún doctor? En tal caso, dígame su nombre y déme sus coordenadas.

—Sí, capitán…

Pedro escribió rápidamente los datos requeridos.

—Ahora, una última pregunta, director —dijo—. En su informe, usted menciona ciertas innovaciones en los alimentos, propuestas por Pail. ¿En qué consistían esas innovaciones?

—Sencillamente, en dar sabor a las pastillas alimenticias.

—¿Qué clase de sabores, director?

—Pues… dulce, en general, aunque también proponía algunos ligeramente ácidos, y otros con sabor a frutas naturales.

—¿Y lo aprobaron?

—Todavía está pendiente de estudio. No será fácil modificar el paladar zinoviano, capitán.

—Me lo figuro —dijo el joven con sarcasmo—. Aquí se comen las pastillas como las vacas comen la hierba. Gracias, director.

Cortó la comunicación y estudió un instante los datos del médico que había reconocido a Pail. Una conversación con el galeno resultaría interesante, se dijo.

El visófono sonó de pronto. Pedro dio el contacto, extrañándose de que alguien le llamase.

Era Marnie.

Pedro sonrió.

—No esperaba su llamada —dijo.

—Ignoraba si estaría en casa —manifestó ella—. Probé y…

—Acertó. Le agradezco el gesto, señorita Hills. ¿Puedo servirla en algo?

—No quisiera que me llamase curiosa, pero…

—Siga, no tenga miedo. No me como a la gente; hace muchísimos años que los terrestres dejamos de ser antropófagos.

Marnie enrojeció ligeramente.

—Sólo quería saber si sus investigaciones marchan por buen

camino —dijo.

—Bueno —sonrió Pedro—, es una pregunta de difícil respuesta. Tengo la sensación de que es un ovillo muy enredado y que la verdadera dificultad está en encontrar el extremo del hilo para poder tirar. Cuando lo haya conseguido, estimo, podré darle buenas noticias al respecto.

La cara de Marnie se contrajo ligeramente, cosa que Pedro no dejó de advertir. Luego, Marnie emitió una breve sonrisa y se despidió de él.

—Gracias por todo, capitán.

—A su disposición siempre, ya sabe, señorita Hills.

CAPÍTULO VIII

El médico que había reconocido a Pail tenía la especialidad de la psiquiatría y se llamaba Err Man. La solicitud de Pedro le sentó bastante mal.

—No tengo la costumbre de revelar secretos de la profesión —dijo.

—Conmigo hará una excepción —manifestó Pedro en tono firme. Empezaba a creer que los zinovianos no eran todo lo virtuosos que aparentaban.

—Bien, si se pone así...

—Ustedes, su gobierno, me llamaron para resolver un caso de asesinato. Me han dado carta blanca y yo hago las cosas lo mejor que sé y puedo. Estimo que debo conocer el resultado del examen médico que hizo al difunto Pail y por ello le requiero a que conteste a mis preguntas.

Err Mann se dio cuenta de que el terrestre no bromeaba. Apretó los labios y dijo:

—Pail mostraba tendencias de inestabilidad emocional hacia lo agresivo.

—¿Motivadas por...?

—Frustración sentimental.

—¿Amores fallidos?

—Sí.

—¿Quién era «ella», doctor?

—Lo siento.

—¿Cómo? —se sorprendió Pedro.

—Sé que había una mujer de por medio, pero sólo me interesaba averiguar ese dato, no la identidad de ella. Nunca lo pregunto, en casos semejantes.

—Una rara manera de entender la psiquiatría —comentó Pedro —, ¿Fue por eso por lo que discutió con un tal Taff-Eio?

—Sí.

—Al parecer, ambos querían a la misma mujer.

—Eso me dijo Pail —confirmó el galeno.

—Yo creía que los celos eran un sentimiento típicamente terrestre —observó Pedro.

—Vivimos en distintos planetas, pero somos humanos ustedes y nosotros. Ciertamente, nosotros estamos más educados, pero, a fin de cuentas, el fondo psíquico es el mismo. Y lo qué entre ustedes se produce con mucha más frecuencia, entre nosotros no se da sino de muy de tarde en tarde y son casos realmente excepcionales.

Pedro asintió.

—Una explicación muy aceptable, doctor —convino—. ¿Puedo preguntarle si le propuso algún tratamiento para su dolencia?

—Por supuesto; es el tratamiento que prescribo siempre en casos similares.

—¿Y consiste en...?

El médico vaciló un instante.

—Le recomendé un tratamiento de liberación de sus tendencias agresivas.

—Pero, bueno, ¿en qué consiste este tratamiento?

Err Man garrapateó algo en un papel y se lo entregó a Pedro.

—Vea a este funcionario del Ministerio de Historia —dijo—. Él le explicará en qué consiste el tratamiento.

Pedro bajó la vista. Contuvo una exclamación de de sorpresa.

El nombre que el médico había escrito sobre el papel era el de Marnie Hills.

—Está bien, muchas gracias, doctor.

En lugar de desplazarse directamente al Ministerio de Historia, Pedro bajó a pie a la calle. Pudo hacerlo, pues el psiquiatra vivía en un piso relativamente bajo.

El Ministerio de Historia, se dijo, ¿aplicaba tratamientos

psiquiátricos?

¿A qué extraño mundo se había desplazado, donde había un ministro que se cuidaba de la Historia, con el personal correspondiente, por supuesto, y cuyo ministerio se encargaba de aplicar tratamientos psiquiátricos?

¿Estaba él necesitado de uno de esos tratamientos?

De pronto, sintió sed.

Algo parecido a un bar le salió al paso. Pedro sabía que en Zino se servía una especie de refresco sin alcohol, de tipo único. Junto con un líquido parecido en todo a la leche, eran las únicas bebidas que se consumían en tan singular planeta.

Entró en el bar. Había unos cuantos nativos, la mayoría de los cuales se apartaron de él casi en el acto.

«El maldito color amarillo», pensó Pedro con resignación.

No había barra, sólo una especie de estantes con casillas donde se dispensaban automáticamente los vasos de refresco o de leche. Pedro presionó el botón correspondiente y, segundos después, tenía en la mano un vaso lleno de una bebida amarillenta, de gusto dulzón y suavemente ácido al mismo tiempo.

Resultaba agradable de beber y era muy refrescante. Había tomado la mitad de la bebida, cuando oyó una voz a su lado:

—Terrestre, ¿eh?

Pedro se volvió. Quien así le hablaba era un sujeto de unos treinta años, bien parecido y de expresión sonriente.

—Sí —contestó—. Soy el capitán Gandar.

—Me llamo Tolli Neir —se presentó el zinoviano—. Gran planeta el suyo, capitán. Pienso ir allí en cuanto me hayan implantado de nuevo el brazo que me dejé en una de las playas de la Tierra.

Y levantó el brazo izquierdo, amputado más arriba del codo.

Pedro estaba estupefacto. Tolli Neir continuó:

—Están estudiando mis características orgánicas. Cuando las conozcan por completo, «fabricarán» el trozo de miembro que me falta y lo unirán al muñón. Entonces podré volver de nuevo a su planeta, aunque esta vez pediré que me envíen a una época anterior.

—Pero usted... ha estado...

—Claro —sonrió Neir—. Fue en una playa de una isla del

océano que ustedes llaman Pacífico. Desembarcábamos y un oficial enemigo me rebanó el brazo con su sable. Menos mal que yo le volé la cabeza de dos tiros con mi automática... ¡Lo pasé en grande, créame!

—No le entiendo —dijo Pedro, atónito.

—Pero, ¿cómo? ¿Es que no lo sabe? Aquí lo hacemos muchos, muchísimos. Ciertamente, un gran número de los que viajan hasta su planeta se quedan allí para siempre... debajo de seis palmos de tierra, pero la mayoría vuelven encantados de la experiencia. ¡Qué comidas! ¡Qué vinos! Pero, sobre todo, ¡qué chicas! Bueno, capitán, ha sido un placer. Oiga —siguió el parlanchín Neir—, sepa que a mí no me importa el color amarillo. En realidad, no creo que le importe a nadie que haya estado en la Tierra...

Pedro se quedó solo.

Sentía la mente a punto de estallar.

¿Había ido a dar a un planeta de locos?

Lanzó a un rincón el vaso de refresco, todavía mediado, y se dirigió al fonovisor que había en un rincón del local.

Marnie no estaba en su oficina ni tampoco en su casa, averiguó a poco. Después de unos momentos de reflexión, se decidió por llamar a Bancl.

El zinoviano apareció en la pantalla.

—¿Capitán?

—Quiero hacerle una pregunta —dijo Pedro.

—Estoy a su disposición, capitán.

—Cuando se encontró el cadáver de Pail, el arma homicida no apareció, creo.

—Así fue, capitán; el arma del crimen no ha sido hallada.

—¿Qué médico reconoció el cadáver?

—Ninguno. Ya estaba muerto, positivamente muerto...

—Entonces, ¿no se le hizo autopsia?

—¿Para qué? ¿Qué hubiéramos sacado en limpio? —se extrañó Bancl.

—Hombre —rezongó Pedro—. Al menos, se habría sabido la clase de arma empleada para matar a Pail.

—Ya sabe usted que fue un puñal...

—Hay muchas clases de puñales, Bancl, y aquí no usan siquiera cuchillos de cocina. ¿Vio usted el cadáver de Pail?

—No, capitán, no hubiera podido resistirlo.

—Me lo imagino —dijo el joven con sarcasmo—. ¿Quién encontró el cadáver?

—Un tal Sheo Lon, enviado por el director de la fábrica para averiguar los motivos de la falta de Pail al trabajo.

—Déme las coordenadas de Sheo Lon —pidió Pedro.

—Lo siento, capitán.

—¿Es una petición prohibida?

—No. Sheo Lon... está ausente.

—¿Fuera de la ciudad?

Bancl se mordió los labios.

—Ausente del planeta, es todo lo que puedo decirle — contestó.

—¡No! —gritó Pedro—. ¡Tiene que decírmelo todo! ¡Es su obligación! ¡Y si no lo hace así, desistiré inmediatamente y me volveré a la Tierra!

Bancl se puso lívido. Pedro se preguntó por qué temía tanto la respuesta.

—Hable, Bancl —pidió fríamente.

—Sheo Lon está... en una región de su propio planeta, una zona montañosa... La cordillera de los Alpes...

—¿Practicando deportes de invierno?

—Bueno, yo no lo llamaría así... Viaja a bordo de un... de un animal llamado elefante...

Pedro puso una cara de idiota imponente.

—¿Un elefante en los Alpes? ¡Será de algún circo, pero los transportan en vagones de ferrocarril!

Bancl meneó la cabeza.

—No, capitán. Lon va montado en un elefante. Pe... pertenece al ejército de un gran general de... vuestras épocas primitivas. Aníbal se llama o algo por el estilo.

—¡Aníbal! —explotó Pedro—. ¡El paso de los Alpes con sus elefantes! Pero ¿qué diablos hace Sheo Lon en el ejército cartaginés?

—¿Es que no se lo figura, capitán? —respondió Bancl malhumoradamente—. Bien, ¿necesita algo más de mí?

Pedro vaciló un momento.

—No, es eso todo... por ahora. Gracias, Bancl.

La cara de Bancl mostró un indudable alivio, pero desapareció

en el acto cuando el joven cerró el conmutador de contacto. Pedro reflexionó luego unos momentos y, finalmente, se decidió por marcar las coordenadas de la casa de Marnie.

Instantes después, había llegado a su destino. Sentóse en un cómodo diván y aguardó.

Marnie llegó media hora después, empleando el medio normal de la puerta. La joven alzó los ojos al ver que tenía un visitante.

—Lo correcto es pedir permiso y no entrar sin ser admitido —manifestó en tono de queja.

—Llamé a su oficina, y también aquí, pero usted no estaba —respondió Pedro, a la vez que se ponía en pie—. Necesito hablar con usted..., pero si tiene alguna queja de mí, puede exponerla ante mi Embajador.

—No será necesario —dijo Marnie fríamente—. ¿Qué es lo que desea de mí, capitán?

—He estado averiguando detalles de la vida de Pail. Entre nosotros, los policías terrestres, es práctica rutinaria investigar sobre las costumbres y amistades de la víctima, cuando se trata de un caso de muerte violenta.

—Me lo imagino —Marnie se sentó en un diván y cruzó sus esbeltas piernas—. Siga, por favor.

—Averigüé que Pail sufría de tendencias agresivas, puestas de manifiesto en una discusión casi violenta que sostuvo con uno de sus compañeros de trabajo. La discusión tuvo como base el eterno motivo: una mujer.

—Interesante —dijo Marnie con frío acento.

—Se recomendó un reconocimiento médico para Pail. El psiquiatra que le atendió, me dijo que le recomendó un tratamiento de liberación de sus tendencias agresivas y que un funcionario del Ministerio de Historia me explicaría en qué consiste el tratamiento. Ese funcionario, según el doctor, es usted, señorita Hills.

Marnie le miró fijamente.

—Capitán, creo que alguien cometió un error al traerlo aquí —dijo—. Hablo como nativa de este planeta y no a título personal. Su llegada producirá serias alteraciones en nuestro modo de vida.

—Yo no he cometido el crimen —se defendió Pedro—. ¿Acaso teme usted una revolución?

Marnie se puso súbitamente en pie y se acercó a una de las

ventanas, quedando de espaldas a su visitante. Pedro observó que tenía las manos entrelazadas a la espalda y que sus dedos se agitaban con movimientos nerviosos.

—Una revolución —murmuró ella—. Sí, es lo que estamos necesitando. Tal vez... se cometan crímenes y haya robos... pero que sea entre nosotros; y que se organicen cuerpos de policía, que se nombren jueces, y fiscales, y abogados defensores...

—Oiga, me parece que no quiere usted muy bien a su planeta, cuando desea que haya robos y asesinatos —dijo Pedro, pasmado.

—Yo no deseo que se produzcan tales hechos —contestó Marnie —. Digo solamente que si se produce esa revolución, se cometerán delitos... muertes y robos. Pero siempre será preferible al actual estado de cosas.

—No acabo de entenderla —manifestó el terrestre—. En mil trescientos años, no ha habido aquí una muerte violenta...

Marnie se volvió súbitamente hacia él.

—¿Acaso no lo comprende todavía? Nosotros, los zinovianos, somos iguales a ustedes y poseemos las mismas tendencias agresivas y hostiles hacia nuestros semejantes. Pero un zinoviano no matará nunca a un zinoviano; si necesita un tratamiento de desahogo, se le envía a que mate a un habitante de otro planeta. ¿Lo entiende ahora? ¿Comprende por qué digo que Zino necesita una revolución, capitán?

El asombro de Pedro subió de punto.

Creía soñar. Jamás había oído una cosa semejante.

CAPÍTULO IX

Tras una corta pausa, Marnie continuó:

—En circunstancias normales, Pail hubiese proseguido su discusión pasando a hechos de obra y tal vez hubiese acabado por dar muerte a Taff-Eio. Pero le fue recomendado el tratamiento de liberación y Pail se desplazó a su planeta, capitán. Intervino en una guerra, mató a unos cuantos enemigos, volvió a Zino y su espíritu quedó liberado de las tendencias agresivas que le habían torturado durante algún tiempo. Eso fue todo, capitán —concluyó la joven.

—¡Pero Pail fue víctima y no victimario! —alegó Pedro.

—Por eso se le llamó a usted, porque es un crimen incomprensible. En Zino no hay crímenes, precisamente, porque los criminales en potencia son enviados a lugares donde hay conflictos bélicos. Allí se sacian primero y desaparecen luego, sus tendencias agresivas. Cuando regresan, están curados.

—El que regresa, porque, en una guerra, el enemigo mata también —dijo Pedro con sorna.

—Es un riesgo que acepta el enfermo —aclaró Marnie.

—¿Y todos los… enfermos, como usted dice, son obligados a ir a un sitio donde haya guerras?

—Oh, claro que no; muchos lo piden voluntariamente. Esta vida es monótona, sin alicientes, todos los días iguales, todo resuelto, comida, vestuario, distracciones…

—De modo que ustedes se van a la Tierra a pelear…

—Existen muchos planetas donde hay y ha habido guerras —contestó Marnie—. La Tierra no es el único planeta «favorecido» con nuestras visitas, si bien es preciso reconocer que es el que más partidarios tiene.

—¡Pues vaya un honor que nos hacen! —rezongó Pedro. Luego, recordando la historia de la humanidad terrestre, se dijo a sí mismo que los zinovianos tenían razón en sus preferencias—. Oiga, Marnie —suprimió de repente el tratamiento—, ¿puedo hacerle una pregunta?

—Claro, hable —accedió ella, volviendo a sentarse.

—¿Van ustedes a todas las guerras nuestras? Que yo sepa, el terrestre es un ser que ha guerreado siempre y no ha habido año sin su correspondiente conflicto bélico.

—Bueno —dijo Marnie—, muchas veces depende del enfermo. Se le recomienda determinado conflicto, de acuerdo con su idiosincrasia, fortaleza física, facultades mentales… y el digamos volumen de sus tendencias agresivas. La recomendación es meramente indicativa, no tiene fuerza de obligar, pero la mayoría de los enfermos acatan tal indicación.

—Voy comprendiendo —dijo Pedro—. Pero algunos, por lo que sé, eligen voluntariamente «su» guerra.

Se acordaba en aquellos momentos del parlanchín Tolli Neir.

—Sí, está permitido.

—Pero ir a una guerra, sin conocer el armamento ni las

costumbres de esa época...

—Antes de permitirle el viaje, se les facilita un período de instrucción en Zino sobre indumentaria, lenguaje, costumbres, moneda, armamento... El zinoviano que va a una guerra, terrestre o de otro planeta, llega ya perfectamente entrenado e instruido. Adopta un nombre de acuerdo con las costumbres del planeta al cual se dirige, se inscribe siempre como voluntario, permanece un tiempo y luego, si no ha muerto, regresa a Zino.

—Visto desde el ángulo zinoviano, resulta perfecto. Pero a mí, como terrestre, no me gusta que unos tipos, que no pueden matar aquí a un semejante, vengan a mi planeta a liquidar a unos compatriotas, sólo por curarse de su enfermedad. ¿No le parece un sarcasmo sangriento?

—Sí, pero yo no he hecho la ley —contestó Marnie.

—Desde luego, aunque no es sino una respuesta evasiva de la propia responsabilidad. Porque usted conoce bien la historia terrestre y aconseja al «enfermo» la guerra que le conviene.

—¿Y qué quiere que haga yo? —preguntó ella desabridamente.

—Renunciar. Hay algo que se llama conciencia, Marnie —dijo Pedro con tajante acento.

Ella se retorció las manos con evidente expresión de angustia.

—Ustedes lo dicen todo con una frase sumamente reveladora —contestó—. Formar parte del sistema. Yo formo parte de nuestro sistema, Pedro, compréndalo. Nada de cuanto yo hiciera en contra, serviría para algo práctico. Los viajes a sus guerras continuarían y...

—Está bien —dijo él—. Es un tema cuya discusión no se acabaría nunca. Volvamos a la víctima. Fue a una guerra, se desahogó... y volvió. Pero su asesino resultó ser un tipo más comodón, con más apego a la vida. Sabía que en una guerra se mata, pero también se muere. Él no quiso correr riesgos y se quedó aquí... y tuvo su «desahogo» apuñalando a Pail. Por cierto, que el arma del crimen no ha aparecido todavía.

—No se ha podido encontrar —dijo Marnie.

—Bueno, ya aparecerá —manifestó él tranquilamente—. Dígame, ¿cómo obtienen ustedes esas reproducciones tan verídicas de las batallas terrestres?

—Hay personal especializado que se desplaza al propio campo de batalla con cámaras especiales.

—Pero ¡pueden morir! —alegó Pedro.

—Esos operadores, no. Quedan en un campo extra—temporal, que les permite contemplar las escenas sin riesgo alguno y sin poder ser vistos. Impresionan los sucesos más sobresalientes de cada batalla, traen aquí sus cámaras y luego de un estudio pertinente, se proyectan en las emisiones culturales... e informativas.

—¿Informativas?

—Sí, puesto que así el que piensa ir a una guerra o calcula que un día puedan enviarlo, tiene elementos de juicio para tomar una decisión. Ya sabe usted que si el psiquiatra recomienda tratamiento de desahogo, es forzoso seguirlo y, aunque se le aconseje determinada guerra, no es obligatorio ir a ella.

—Comprendo. Y cuando yo la encontré a usted, acababa de tomar vistas de la batalla que luego proyectó por la televisión.

—Sí. Estaba muy impresionada todavía —dijo Marnie—. Además, hubo un ligero fallo en mi sistema de aislamiento extratemporal y sufrí la sacudida de la explosión de una granada. Un ligero atontamiento nada más, por fortuna.

—¡Pero allí no vi yo rastros de explosión alguna! —exclamó Pedro, atónito.

Marnie sonrió.

—Naturalmente, como que la batalla se había producido hace casi cuatrocientos años, en el mil ochocientos ocho de su historia —contestó.

—Comprendo. Bien, Marnie, ahora sí que le voy a pedir una cosa, y me parece que le va a costar un poco acceder a mi petición.

—¿De qué se trata? —preguntó la joven.

Pedro meneó la cabeza.

—Es algo extraordinario, lo más extraordinario que me ha sucedido jamás. Estoy tratando de encontrar a un asesino y para investigar, he de ir a la guerra.

—¿Cómo? —se sobresaltó la joven.

—Sí —confirmó el—. Estimo absolutamente necesario interrogar a la persona que halló el cadáver de Pail. Puesto que no hay policía ni forenses no se tomaron fotografías del muerto ni se le hizo la autopsia, por lo que creo que obtendría buenos resultados hablando con el sujeto que se encontró muerto a Pail.

—Sí, tal vez...

—Ganaré mucho —sonrío Pedro—. Hablaré con Sheo Lon, que así se llama ese individuo y… A propósito, ¿qué se hizo del cadáver de Pail?

—Incineración —respondió ella lacónicamente.

—Lo cual impide la posibilidad de una exhumación —se lamentó Pedro.

Ella hizo un gesto como diciendo que no podía evitarlo. Luego preguntó:

—¿Dónde está Lon ahora?

—¿Qué tal conoce usted la historia bélica de nuestro planeta?

—Bastante bien, modestia aparte.

—Un funcionario me informó que Lon se halla en estos momentos en el ejército de Aníbal, atravesando los Alpes a lomos de un elefante.

—¿Y piensa ir allí? —se asombró Marnie.

—Se me contrató para descubrir al asesino —contestó él significativamente.

Marnie vaciló un poco.

—Costará bastante obtener el permiso —dijo al cabo.

—¿Por qué? —preguntó Pedro.

—Lo que usted pretende es algo solamente permitido a los zinovianos.

—Entonces, que me traigan a Lon.

—No puede ser. Tiene que cumplir un período de seis meses de… desahogo.

—En tal caso, yo la veo a usted dando los pasos necesarios para que algún pez gordo quebrante esa regla. Una de dos —habló Pedro con voz firme—: O voy yo al ejército cartaginés o Lon se vuelve a Zino. No hay elección posible, Marnie.

Ella asintió.

—Haré todo lo que pueda, Pedro —prometió.

El terrestre se puso en pie.

—Avíseme apenas sepa una cosa u otra —pidió.

—Desde luego.

Pedro se dispuso a marcharse.

—Marnie, una pregunta —dijo.

—¿Sí?

—Guerras aparte, ¿qué le parece nuestro planeta?

Los ojos de la joven se iluminaron.

—Me gusta —contestó expresivamente.

—¿Le agradaría quedarse a vivir allí? Ya no somos tan agresivos; hace muchos años que vivimos en paz...

—No lo sé —respondió Marnie—. Es una posibilidad que no he tomado nunca en cuenta.

—Pues empiece a pensar en ello —aconsejó Pedro. Y tras dirigir a la joven una última sonrisa, se desplazó instantáneamente a su alojamiento.

Tenía hambre. Comió una pastilla alimenticia y luego encendió la televisión.

Esta vez, tras un programa geográfico, en donde Pedro pudo ver paisajes de un planeta desconocido, se proyectó una batalla de una guerra cósmica, donde intervenían miles de astronaves y los mundos desaparecían consumidos por colosales llamaradas nucleares. Aquello había sido verdad, pero había ocurrido a miles de años luz, en el extremo opuesto de la Galaxia.

Conocer este detalle le hizo sentirse mucho más tranquilo. Incluso le pareció estar viendo una cinta de aventuras interplanetarias. Luego se proyectó un reportaje sobre la vida actual en la Tierra, pero Pedro conocía el tema de sobra y apagó el televisor.

Luego se tendió en la cama. La oscuridad se hizo de un modo gradual y automático.

Contempló la ciudad a sus pies. Un mar de luces se extendía hasta perderse de vista. En Zino no se vivía mal, pero...

Prefería la Tierra, con todos sus inconvenientes.

Y se dijo que la Tierra ganaría muchos atractivos si una linda aspirante a profesora de Historia se convirtiese en vecina de aquel planeta.

—Todo depende de mi habilidad de persuasión —se dijo.

Luego, el sueño empezó a cerrar sus párpados poco a poco. Sintióse invadido por una dulce somnolencia y supo que dentro de unos momentos estaría profundamente dormido.

De pronto, se dio cuenta de que no estaba solo en la habitación.

Dadas las costumbres de Zino, no era corriente entrar en una casa usando el cinturón traslatorio si no era con permiso del dueño. Él era el único, dadas sus especiales circunstancias, que podía violar

aquella regla de conducta.

En tal caso, la persona que había penetrado subrepticiamente en el departamento y cuya silueta se destacaba claramente contra el ventanal, estaba cometiendo una incorrección.

Quizá lo hacía deliberadamente, pensó Pedro, cuando vio brillar en la mano del intruso un largo objeto metálico.

CAPÍTULO XI

El intruso saltó hacia adelante, bajó la mano y el objeto largo y metálico se clavó en la cama, rozando el costado derecho de Pedro.

Sonó una maldición proferida en voz baja. Pedro rodó por la cama y esquivó una segunda puñalada, que rasgó ligeramente la manga de su traje.

Alargó el brazo y golpeó un estómago. Sonó un resoplido de dolor.

Pedro se puso en pie de un salto. El intruso desapareció de repente, antes de que Pedro pudiera verle la cara.

La luz se encendió. Pedro frunció el ceño.

—Alguien tiene interés en que no se encuentre al asesino de Pail... y ese alguien es el propio asesino —masculló.

Miró a su alrededor. Ya no quedaba el menor rastro de su atacante.

—Tendré que pensar un procedimiento para evitar esta clase de visitas —gruñó.

De pronto, su vista se fijó en la cama.

Había dos agujeros, en los puntos donde el puñal se había hundido en el mullido que hacía las veces de colchón. Pedro se arrodilló para examinarlos con más detenimiento y comprobó con no poco asombro que los agujeros tenían una forma netamente triangular.

—¿Qué clase de puñal han empleado? —masculló.

Eran unos orificios más bien raros, se dijo. Triangulares, pero con sección estrellada... como una especie de marca a troquel, hecha con una estrella de tres puntas.

Si en Zino no había cuchillos, calculó, el arma tenía que ser forzosamente terrestre. ¿O procedía de algún remoto planeta del

que no había oído hablar siquiera?

Por el momento, no daba con la solución. Pensó en continuar durmiendo, pero no quería correr riesgos. Puesto que, por el momento, no podía evitar la intromisión de una persona provista de su cinturón traslatorio, lo mejor era, se dijo, proteger los accesos a la cama, ya que dicha persona, tal como ya había sucedido y él mismo había tenido ocasión de experimentar, aparecería indefectiblemente en el centro del salón.

Había muebles. Colocó una mesa, una silla y dos sillones muy cerca de la cama, formando parapeto. El intruso tendría que retirar algún mueble y haría ruido. Era suficiente.

Durmió apaciblemente, sin ser molestado por nadie. Puesto que, por el momento, no podía hacer nada más, dedicó el día siguiente a haraganear, paseándose por la ciudad y observando con morboso placer la repugnancia que causaba su traje en los nativos.

Ahora ya sabía cuáles eran los motivos fundamentales de tal repugnancia. Aparentemente, era la presencia de un hombre que desempeñaba un oficio inexistente en Zino. Pero los motivos eran mucho más profundos y pertenecían al subconsciente de los zinovianos.

El color amarillo les hacía saber que un sistema creado para saciar instintos y tendencias agresivas había fracasado lamentablemente. El color amarillo les recordaba que ellos habían acordado no matarse entre sí, sino matar a los extranjeros... y era una regla que había funcionado durante mil trescientos años, hasta que alguien la quebrantó.

El color amarillo, en fin, les hacía saber, aunque quisieran seguir ignorándolo, que aquel sistema iba a derrumbarse, que matar a un extranjero, aunque fuese bajo el pretexto de un conflicto bélico, era tan crimen como matar a un connacional. La muerte de un semejante era delito, en Zino y en la Tierra y en los demás planetas.

Ellos no tenían derecho a matar a un terrestre en una guerra, porque, ¿quién sabía si, de otro modo, aquel terrestre podía haber sobrevivido al conflicto?

Todo eso les recordaba el color amarillo, se dijo Pedro, satisfecho al fin de haber hallado la solución, al menos para este problema.

Marnie le llamó por la noche, cuando ya había regresado a su

casa.

—Pedro, tengo el permiso —dijo.

—Estupendo —aprobó—. ¿Cuándo?

—Venga mañana al ministerio. Empezaremos a entrenarle.

—De acuerdo. ¿Tardará mucho ese entrenamiento?

—Para usted, una semana, o menos. A fin de cuentas, hemos de considerar que es terrestre.

—Sí, pero yo estoy separado por más de veinticinco siglos de la época de Aníbal.

—Desde luego —convino Marnie—. Pero nosotros estamos separados de la época de Aníbal por esos veinticinco siglos, más el cómputo temporal propio de Zino y por setecientos años luz. La diferencia, como puede apreciar, es notable.

—Muy bien, Marnie. A las nueve en punto estaré en la puerta del ministerio. Una cosa, Marnie.

—Sí, Pedro.

—Anoche intentaron asesinarme.

Ella lanzó una exclamación de asombro.

—¡Un segundo crimen! — dijo.

—Estuvo a punto de producirse. Por fortuna, resulté ileso, pero no pude atrapar a mi atacante. Escapó cuando vio que yo me defendía.

—Es horrible —comentó ella—. ¿Quién pudo ser?

—¿Es que no lo adivina? Al asesino no le conviene en modo alguno que yo continúe investigando.

—¿Qué le hará usted, cuando lo haya atrapado?

Pedro calló un momento.

—Es verdad —murmuró —. Lo había olvidado.

Cuando atrapase al asesino, tendría que desempeñar todos los papeles: juez, jurado, fiscal, defensor… y verdugo, si demostraba patentemente la culpabilidad del acusado.

—No lo sé —añadió a poco—. No podré saberlo, mientras no se haya celebrado el juicio.

—¿Hará un juicio? —preguntó Marnie.

—¿Acaso llegó a pensar que le condenaría sin escuchar sus alegatos?

—Tiene razón —murmuró la joven—. En la Tierra actúan así con los acusados.

—Lo mismo haré yo. No se puede condenar a una persona sin conocer a fondo sus motivos y sin demostrar de manera irrefutable que esa persona es autora del hecho que se le imputa.

—Resultará un juicio interesantísimo —dijo Marnie.

—Sí, pero puede que haya más de un acusado —contestó él.

—¿Cómo? —se sorprendió Marnie.

—Lo sabré cuando se celebre ese juicio —declaró Pedro en tono que no admitía réplica—. Por ahora, prefiero reservarme mis intenciones.

—Está bien, como quiera. Sea puntual, Pedro.

—Descuide, Marnie. Buenas noches.

Pedro se tendió en la cama y las luces se apagaron. Contempló la ciudad pensativamente.

No era una sola persona la que comparecería en el juicio, sino la ciudad… las ciudades del planeta, sus mil ochocientos millones de habitantes, en suma.

* * *

Marnie le esperaba a la puerta del edificio del Ministerio de Historia.

El traje de la joven era de color verde pálido en esta ocasión. Pedro observó complacido su figura. Sus cabellos cortos, como los de un muchacho, le conferían una apariencia juvenil extraordinariamente atractiva. Las orejas quedaban al descubierto y Pedro pudo apreciar que llevaba unos pequeños pendientes de diamantes.

Ella le dirigió una cálida sonrisa. Su actitud ya no era fría y reservada como en días anteriores.

—Me han designado como su instructora —dijo, después de saludarle—. Venga conmigo, por favor.

—La designación me agrada extraordinariamente. Temía encontrarme con algún viejo barbudo y cascarrabias, pero celebro haberme equivocado.

Marnie se sonrojó ligeramente.

—Usted me está haciendo también un favor —dijo.

—¿De veras?

—Sí. Aunque no lo crea, es un colaborador muy estimable para

mis estudios de historia. Pronto, estimo, me conferirán el grado de doctora en la materia.

—¿Y se dedicará a la enseñanza?

—Oh, no, continuaré investigando. Quizá, al correr de los tiempos, desempeñe una cátedra, pero por ahora prefiero seguir de esta manera.

Entraron en el edificio. Había un vasto zaguán, de donde se dirigieron a una escalera automática lateral, que les condujo a un cuarto piso. Con paso seguro, Marnie se encaminó a una estancia, cuya puerta abrió, penetrando en ella acto seguido.

Pedro entró a su lado. Marnie cerró. En el centro de la estancia había un sillón de grandes brazos y cómo respaldo, con una especie de cúpula transparente que podía replegarse hacia atrás.

Frente al sillón, había un pupitre, situado sobre un estrado, de modo que quedaba algo más elevado que el sillón. Detrás del pupitre había un taburete de diseño anatómico.

Sujeto al pupitre por un ligero afuste, había una especie de catalejo ancho y corto. En el resto de la estancia, había largos estantes que contenían, al parecer, rollos de película. Su número era incalculable; todos los estantes aparecían completamente llenos.

—Siéntese en el sillón —indicó Marnie.

Pedro obedeció. Detrás del pupitre había una gran pantalla televisora que ocupaba la mayor parte del muro de aquel lado. Marnie sacó un par de rollos y se situó tras la pantalla unos momentos, reapareciendo casi en seguida.

—Voy a darle ciertas instrucciones —dijo, sentándose tras el taburete—. Usted desea desplazarse, hablando en cifras redondas, a unos dos mil quinientos años antes de su época. El cambio, pese a que usted sea terrestre, resultará muy brusco.

»Podríamos traer aquí a Sheo Lon, pero correríamos graves riesgos, ya que su desplazamiento está calculado de un modo tan matemático que realmente no puede regresar hasta el momento fijado. A usted le daremos veinticuatro horas para que busque y encuentre a Lon; una vez llegado a su destino, y pasado el plazo, el regreso se producirá de manera automática.

»Resultaría largo y prolijo explicar el funcionamiento de esta máquina —prosiguió Marnie—. Ni yo misma, en realidad, sé cómo funciona; sí sé manejarla y, en verdad, es cuanto necesito. Tenga en

cuenta que su desplazamiento no se producirá solamente en un plano espacial —de aquí a la Tierra—, sino también temporal —de su época, año 2329, al 216 antes de Jesucristo.

»No puede ir tal como está. Hemos de fabricarle ropajes adecuados y, además, ha de aprender a manejar las armas propias del ejército cartaginés. Tenga en cuenta que ha de comportarse como un soldado más de Aníbal y que ha de conocer el lenguaje y costumbres de los cartagineses. ¿Va comprendiendo, Pedro?

—Sí, perfectamente. Continúe, se lo ruego.

—Todo lo aprenderá por hipnopedia, pero por procedimiento ultrarrápido y concentrado. En seis días, sabrá cuanto necesita saber, desde el lenguaje fenicio, que era el usado por los cartagineses, al latín primitivo y al empleo de las armas e instrumentos de la época. Por lo que sé, Aníbal ha cruzado ya los Alpes y está iniciando el descenso hacia las llanuras de Italia. Partió de España con noventa mil hombres y treinta y siete elefantes y le han quedado veinte mil de los primeros y la mitad de los segundos.

»Naturalmente, esto se refiere a la época en que Lon se encuentra con respecto a nosotros, porque el paso de los Alpes sucedió muchísimos años antes —aclaró Marnie—. Únicamente le digo esto a título indicativo, ¿me entiende?

—Desde luego —Pedro sonrió—. Resultará una aventura fascinante, Marnie.

—Así lo creo yo también —convino la joven—. Bien, Pedro, ahora, cuando yo le diga, presione ese botón que hay en el brazo derecho de su sillón. Yo me encargaré del resto.

—Comprendido.

Pedro apretó el botón. La cúpula se cerró sobre él silenciosamente.

Aflojó la tensión de los músculos y procuró no pensar en nada. Veía a Marnie ligeramente inclinada sobre su pupitre, manejando con celeridad los controles. De cuando en cuando, Marnie se ladeaba un tanto y miraba a través del catalejo, ajustándolo con las ruedecillas de enfoque.

La pantalla se iluminó de pronto, mientras que la habitación quedaba en penumbra. Pedro divisó ante sí a un ejército en marcha por un sendero montañoso, cubierto a trechos de nieve.

A lo lejos, hacia la cola de la larguísima columna de hombres y

animales, se divisaban unas altas cumbres nevadas. La escena cambió de pronto y Pedro vio las espaldas de los hombres.

Una extensa llanura se divisaba en lontananza, velada por la neblina del atardecer. Aníbal descendía hacia Roma.

Un elefante apareció de pronto en primer plano. Varios soldados, cubiertos con harapientos mantos de lana, cabalgaban sobre sus lomos. La cámara se fijó de pronto en uno de los soldados, quien iba a horcajadas sobre el corto cuello del paquidermo, guiándolo a golpes de aguijada. Terciados a la espalda llevaba el arco y la aljaba repleta de flechas.

La voz de Marnie pareció llegar desde un billón de kilómetros de distancia:

—Pedro, fíjese bien en ese hombre. Es Sheo Lon.

CAPÍTULO XI

Las luces de las hogueras brillaban relativamente cerca. Pedro sintió que le daba en la cara una racha que traía aún la frialdad de la nieve de los Alpes.

Los soldados de Aníbal parecían agotados. Llevaban sobre sus organismos el cansancio de una marcha de la que se hablaría durante decenas de siglos. Ellos, sin embargo, no lo sabían todavía.

Muchos yacían tumbados en el suelo, envueltos en sus mantas. Otros se calentaban en torno a las hogueras. Los centinelas, sin embargo, cubrían rígidos el perímetro del campamento.

Se oían voces, risas, juramentos, relinchos de los caballos... Los odres de vino circulaban con profusión. En las hogueras se calentaban indistintamente los calderos de la sopa y se asaban piernas de vaca. Una cosa había común en todos aquellos hombres: la fiereza del brillo de sus ojos.

Pedro sabía que asestarían a los romanos cuatro golpes mortales en sendas batallas y que sólo la molicie derrotaría finalmente a aquel ejército invencible. Una patrulla de jinetes pasó al galope, con ruidoso entrechocar de armas.

Pedro contempló al hombre que iba en cabeza del pelotón, un sujeto recio, fornido, de cara atezada y espesa barba negra. Aníbal conservaba todavía sus dos ojos; aún no se había convertido en uno

de los tuertos más famosos de la historia. Su porte, más que sus ropas, que no se diferenciaban apenas de las de sus oficiales, delataba en el acto su identidad.

Pero a Pedro no le interesaba el caudillo cartaginés. Apoyado en un bastón hecho de una rama, envuelto en un raído manto, caminó en busca del corral de los elefantes.

Llevaba los pies llagados y maldijo entre dientes. Marnie había llevado demasiado lejos su realismo. Pero ¿qué diablos podía esperarse de un soldado que llegaba a pie desde la lejana España? Los trapos que rodeaban sus extremidades apenas si servían de nada, salvo para exacerbar el dolor de sus llagas con el roce del áspero tejido.

Estaba desorientado. Un hombre menudo, moreno, que llevaba un zurrón cargado de menudos pedruscos, pasó por su lado. Pedro le detuvo y le preguntó en fenicio por el corral de los elefantes. El hombre, un hondero balear, se encogió de hombros; todavía no había aprendido el idioma de los cartagineses.

Siguió adelante. Encontró a un arquero y le hizo la misma pregunta. Esta vez obtuvo respuesta.

Minutos después, oyó en una hondonada el clásico berrido de los paquidermos. Continuó caminando, apoyado en el báculo y pronto divisó varias hogueras, que disipaban con su luz la mayor parte de las tinieblas.

Los elefantes se hallaban en una vaguada sin salida, cerrada con cuerdas. Había bastantes árboles y hierba y se dedicaban a pastar. Los cuidadores dormían en su mayor parte.

Pedro se acercó a una hoguera en donde humeaba un caldero lleno de apetitosa sopa. Varios hombres comían ruidosamente. Pedro sacó un cuenco del zurrón y lo llenó de sopa. Se puso en cuclillas en el suelo y empezó a tomar el brebaje a pequeños sorbos.

Le parecía increíble hallarse a dos mil quinientos años de su época. Había llegado allí en pocos minutos, sin dolor, sin sentir nada en absoluto, mota de polvo proyectada por fuerzas colosales a través del tiempo y del espacio, atravesando irresistiblemente todas las barreras que se alzaban entre ambos planetas y entre ambas épocas.

Ninguno de aquellos hombres era Sheo Lon. Pedro tenía tiempo. Decidió esperar y no actuar precipitadamente.

Al cabo de un rato, los cuidadores se dispersaron. Uno o dos arrojaron un vistazo al corral de los elefantes. Los demás se tendieron a dormir.

Otros hombres se levantaron y ocuparon el puesto de aquéllos. Conteniendo difícilmente su emoción, Pedro reconoció al hombre a quien buscaba.

Lon se había dirigido a otra hoguera y estaba tomando sopa. Pedro se levantó y caminó pesadamente.

Se desciñó el manto y soltó un pequeño odre de cuero que tendió al individuo.

—¿Quieres un trago? —invitó.

Lon le miró sorprendido.

—¿Vino? ¿De dónde lo has sacado?

Pedro sonrió.

—No importa. La noche es fría —contestó—. Me sentaré, con tu permiso; tengo los pies en carne viva.

—Desde luego —accedió Lon cortésmente. Agarró el odre, lo destapó y bebió largamente —. ¡Por Astarté, está bueno! —juró aprobadoramente después del trago.

—Y da calor al cuerpo, pues las noches son todavía muy frías. ¿Te llamas Lon? —preguntó.

El zinoviano le miró suspicazmente. Era un hombre pequeño, membrudo, de ojos pequeños y expresión aguda y penetrante. Llevaba barba de collar, bastante descuidada a causa de las circunstancias.

—Sí, soy Lon —contestó—. ¿Quién eres tú?

—Me llamo Gandar y vengo de Zino.

Hubo una corta pausa de silencio, durante la cual sólo se percibían los distantes ruidos del campamento. Un tronco crujió en la hoguera.

De pronto, Lon echó mano a un puñal ancho y corto que llevaba a la cintura.

—Si te han enviado a matarme... —dijo en tono de advertencia.

—Guarda el arma —indicó Pedro—. He venido en son de paz.

—Me gustaría creerte —rezongó el zinoviano—. ¿Es que no están seguros de que me mate una flecha romana?

—¿Quiénes están seguros de eso que acabas de mencionar?

—Me gustaría saberlo —dijo Lon de malhumor—. Pero, ¿quién

eres tú y por qué haces tantas preguntas?

—Te contestaré con la verdad —dijo Pedro—. Soy capitán de la policía terrestre. En vuestro planeta no existe esa profesión y se requirieron mis servicios para esclarecer el asesinato de un sujeto llamado Palig Pail.

Una chispa brilló en los ojos de Lon.

—Comprendo —dijo—. ¿Qué más?

—He realizado investigaciones y he podido averiguar que fuiste tú el que encontraste el cadáver de Pail.

—Sí, es cierto.

—¿Cómo sucedió la cosa? —preguntó Pedro.

—Pail faltó a su trabajo. El director de la factoría me envió a averiguar las causas de su falta. Me lo encontré muerto, eso es todo.

—¿Había señales de lucha?

—No, al menos así me lo pareció a mí. Pasé un mal rato, créame.

—Por supuesto. Era el primer cadáver que veías, ¿no?

—Ciertamente. Incluso estuve a punto de desmayarme…

—Dime, Lon… —Pedro le alargó el odre nuevamente—. ¿Te fijaste en la herida?

—Desde luego. Era imposible no verla.

—¿Cómo era? Quiero decir, qué aspecto tenía.

Lon bebió un largo trago. Luego se limpió la boca con el dorso de la mano.

—Tenía un aspecto muy raro, como estrellado…

—Dibújalo con el índice —pidió.

Lon accedió. El dibujo que trazó, tenía una sorprendente semejanza con las señales dejadas por el puñal en el mullido de su cama.

—¿Conoces el tipo del arma?

—No. Y eso que aquí hay puñales y espadas de todas clases, pero no se me ocurre qué clase de puñal emplearon para liquidar a Pail.

—¿Qué hiciste tú una vez comprobaste la muerte de Pail?

—Avisé a Ata-Blo, naturalmente. Luego me largué. ¿Para qué iba a seguir allí?

—Comprendo —murmuró Pedro—. Lon, creo que Pail discutió con un tipo llamado Taff-Eio. Eso sucedió hace meses… en el campo espaciotemporal vuestro, por supuesto. La disputa tenía como base

los celos.

—Algo he oído hablar de eso, pero no sé mucho.

—¿Conoces el nombre de la mujer?

—No. Lo siento, Gandar.

Pedro disimulo una mueca de disgusto.

—¿Te importa que siga adelante? —preguntó.

Lon se encogió de hombros.

—Si eso te hace feliz...

—Gracias, Lon. Dime, ¿escogiste tú las guerras de Aníbal contra los romanos?

—No, por Astarté —juró Lon de nuevo—. ¡Pero si ni siquiera quería moverme de Zino!

Pedro se quedó atónito.

—¿Es posible enviar a un hombre a una guerra terrestre, en contra de su voluntad? —preguntó.

—A lo que se ve, sí. El tratamiento distensivo —contestó Lon sarcásticamente.

—Pero tú no sentías instintos agresivos.

—¡Claro que no! ¡Lo que pasa es que el director Ata—Blo me recomendó que visitara a un psiquiatra! Después de darle la noticia estuve varios días en cama a causa de la impresión, ¿sabes?

—Me lo figuro —sonrió Pedro comprensivamente—. ¿Qué te dijo el médico?

—Oh, me soltó una endemoniada retahíla de términos científicos y acabó diciéndome que los «test» probaban mis tendencias agresivas. En consecuencia, me largo el tratamiento de liberación.

—Pero si tú no tenías ganas de matar a nadie...

Lon sonrió amargamente.

—Cuando me dijo aquello, me enfurecí y estuve a punto de romperle una silla en la cabeza. Si me hubiese portado mansamente, tal vez habría conseguido una revocación del tratamiento, pero el informe del psiquiatra citó el silletazo frustrado y... ¿qué más querían en el Ministerio de Historia?

Pedro ocultó una sonrisa. El pobre Lon tenía motivos sobrados para quejarse de su suerte.

—Dame el nombre del psiquiatra —pidió—. Iré a verle apenas regrese a Zino. Y también el nombre del funcionario del ministerio de Historia que te recomendó la guerra de Aníbal con Roma.

—Con mucho gusto. El médico se llama Err Man. El funcionario es una mujer. Su nombre es Marnie Hills.

Hubo una larga pausa de silencio. Pedro contemplaba las llamas con fijeza.

—Debía haberlo supuesto —murmuró a media voz, al cabo de un buen rato.

—¿Decías algo? —preguntó Lon.

Pedro sacudió la cabeza.

—Nada de importancia —sonrió—. Así que la sugerencia del médico y la indicación de la del ministerio de Historia fueron atendidas.

—¡Y con qué rapidez! Apenas formuladas, ya tenía todos los permisos listos. Fue cosa de un abrir y cerrar los ojos. Los permisos se conceden, como sin duda sabes, en el Ministerio de Relaciones Interestelares. Vino un tal Bancl con toda la documentación y...

Pedro apretó los labios. Lon notó el gesto.

—¿Conoces a Bancl? —preguntó.

—Sí, he tenido relación con él, por motivos profesionales. Continúa, te lo ruego.

—Ya no hay mucho más que contar. Cuando quise apercibirme de lo que me pasaba, ya estaba guiando un elefante a través de los Alpes. ¡Por Astarté, qué frío he pasado! —se estremeció el zinoviano.

Pedro comprendió que ya había hablado bastante con Lon. Una duda asaltó su mente.

¿Se trataba de una conspiración urdida por varias personas con el fin de eliminar a un testigo molesto?

En tal caso, la pregunta surgía lógica e instantáneamente: ¿Qué había visto Lon en el lugar del crimen, para que hubiese personas interesadas en eliminarlo?

—Lon —preguntó con acento reposado—, haz memoria. ¿Viste algo extraño en casa de Pail cuando lo encontraste muerto?

El zinoviano guardó silencio casi durante un minuto. Al fin, moviendo negativamente la cabeza, dijo:

—No, no vi nada de particular. Lo siento, Gandar.

—Gracias —sonrió el policía—. Tengo que irme, Lon. Te deseo mucha suerte en Tresino.

—¿Tresino? —repitió Lon, extrañado.

—Sí. Es la próxima batalla de Aníbal. Derrotará a Escipión.

Lon hizo una mueca.

—Poco me importa —masculló—. Yo moriré.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Pedro.

—Conduzco un elefante. Romperemos la primera línea enemiga, pero quedaremos envueltos. El conductor será blanco preferido de las flechas romanas.

—Entiendo. Lo siento de veras, Lon, pero no puedo hacer nada por ti.

Lon se encogió de hombros.

—Es la suerte de cada cual —contestó filosóficamente—. Buen viaje, Gandar.

Pedro se levantó y empezó a andar. Caminaba pesadamente; los pies le dolían y el suelo era muy irregular.

Pero se sentía muy satisfecho.

Sus investigaciones progresaban. Creía que pronto podría señalar al asesino.

Lo peor vendría después, cuando tuviera que juzgarle, condenarle... y ejecutar la sentencia.

Sería una sentencia individual, porque, pese a todo, quien se merecía la condena era la sociedad entera zinoviana.

CAPÍTULO XII

Marnie estaba esperándole en la sala de instrucción. Debía de haberse cansado de aguardar, porque dormía apaciblemente en un sillón situado en un rincón de la estancia.

Pedro salió del aparato traslatorio, vestido todavía con la harapienta indumentaria utilizada hasta entonces, y se acercó a la joven.

Marnie abrió los ojos cuando sintió que una mano le tocaba en el hombro.

—¡Pedro! —exclamó alegremente—, ¡Has vuelto!

—Estoy aquí —sonrió él—. Sin novedad.

—¿Viste a Lon?

—Sí, desde luego.

—¿Qué te dijo?

—Muchas cosas interesantes…, pero ahora me siento fatigado. Hablaremos en otro momento.

—Por supuesto. Querrás ir a tu casa y bañarte ¿no?

Pedro se miró de arriba a abajo.

—Y curarme los pies. Los tengo…

De pronto, se dio cuenta de que ya no le dolían.

—¡Eh, se me han curado! —exclamó.

—Naturalmente —dijo Marnie—. Tus llagas quedaron muy atrás, en el tiempo en que debías sufrirlas y no en éste, en que tus pies no llevan sobre sí el esfuerzo de cientos de kilómetros a través de montes y llanuras.

—No está mal —dijo Pedro, muy aliviado—. Ah, una pregunta, Marnie.

—Dime, Pedro.

—Tengo que hacer averiguaciones acerca de un sujeto ya muerto. ¿No hay una especie de archivo donde se guarden los historiales de los zinovianos? Su vida privada… bueno, me refiero a los actos en los que haya podido intervenir alguno de vuestros ministerios.

—Por supuesto. Si ese hombre está muerto, queda constancia en el Ministerio de Demografía. Allí te facilitarán los datos que necesites.

—Gracias, Marnie. Ahora voy a darme un buen baño y a descansar. Te veré mañana.

—Como quieras, Pedro.

Ella le entregó su cinturón traslatorio. Momentos después, Pedro se hallaba en su casa, donde un buen baño le dejó como nuevo. Comió una pastilla alimenticia, se tendió en la cama y poco después dormía como un tronco.

Se levantó fresco y descansado. Tras el aseo y desayuno correspondientes, se trasladó al ministerio de Demografía.

Como de costumbre, un funcionario salió a la puerta.

—¿Puedo servirle en algo, capitán?

—Sí. Quiero todas las informaciones que estén archivadas aquí acerca del llamado Taff-Eio, muerto ahogado hace algunos meses.

—Lo buscaré en seguida…

Pedro chasqueó los dedos.

—Estoy cansado de aguardar como un perro a la puerta de las

casas —dijo en tono duro—. Búsqueme una habitación adecuada y usted u otro cualquiera, tanto da, permanezcan al alcance de mi voz por si los necesito.

El zinoviano se puso pálido. Pero no podía negarse a lo que pedía Pedro.

La orden general era de obediencia absoluta a todo cuanto solicitase el terrestre.

Momentos después, Pedro se hallaba en una habitación cómodamente amueblada. Algunos papeles por el suelo le indicaron la fuga precipitada del ocupante del despacho al serle comunicada la noticia de que el terrestre se iba a instalar allí.

Recogió los papeles y los dejó a un lado de la mesa. El funcionario que le había recibido llegó a poco con una carpeta.

—Dispense la tardanza, capitán —se excusó—. Sus costumbres son muy distintas de las nuestras y por ello he tenido que prepararle una carpeta más o menos parecida a las que usan ustedes.

—Está bien, muchas gracias. Aguarde en la puerta.

—Sí, capitán.

Pedro abrió la carpeta. Lo primero que vio fue una fotografía de Taff-Eio.

Era un joven de agradable presencia, aunque con las cejas muy juntas, lo que indicaba un carácter poco confiable y más bien astuto y con doblez de espíritu. Taff-Eio vestía un uniforme militar terrestre, que a Pedro le pareció el de un zuavo francés de la guerra de 1870 con Prusia.

Frunció el entrecejo. Taff-Eio tenía en la mano un largo fusil, rematado en una bayoneta de características bien definidas.

Durante unos momentos, Pedro estuvo concentrado en sus pensamientos. Había en aquella fotografía algo que hacía resonar un timbre de alarma en su imaginación, pero no podía definirlo exactamente, por más esfuerzos que hacía.

Leyó el informe escrito. Algunos datos no ofrecían gran interés. Otros, en cambio, llamaron poderosamente su atención.

Taff-Eio había intervenido en la guerra franco—prusiana. Según sus declaraciones, había dado muerte a tres ulanos de caballería, de sendos disparos de fusil.

—Pues ya es puntería, para un tipo que en su vida había visto un arma de fuego —masculló.

Otro de los informes decía que Taff-Eio había sido arrestado por saqueador. Sometido a consejo de guerra bajo la acusación de pillaje, había sido condenado a la pena de muerte. Taff-Eio había escapado del calabozo, después de estrangular al centinela. En el mismo informe se señalaba que uno de los objetos que había robado en una casa abandonada era un par de pendientes.

Un segundo timbre repiqueteó en el subconsciente de Pedro. «Pendientes, pendientes, pendientes...», repitió varias veces.

Examinó la fotografía nuevamente. Ahora halló lo que antes no había podido dilucidar.

La bayoneta del fusil que empuñaba Taff-Eio. ¡Ésa era el arma homicida!

Era una bayoneta triangular, como se había usado durante el siglo XIX y aun parte del XX en la Tierra. Ahora concordaban las señales dejadas en su cama por el arma del agresor y la herida de Pail.

¿Quién la había traído a Zino desde la Tierra?

Cerró la carpeta y se puso en pie.

Creía haber dado un paso importantísimo. Sin embargo, distaba mucho de haber hallado la solución total.

Abandonó el despacho.

—He terminado. Por ahora no le necesito —dijo sobriamente.

Y acto seguido, sin más, se trasladó al Ministerio de Historia.

—Quiero ver a la aspirante a doctora Marnie Hills. En su oficina —puntualizó al funcionario que salió a recibirle.

Momentos después, Pedro y Marnie estaban frente a frente.

—Ya conozco la clase de arma que se usó para matar a Pail —dijo él, después de los primeros saludos.

—¿De veras? Eso es muy interesante, Pedro. ¿Qué clase de arma es?

—Una bayoneta triangular. Vino de la Tierra. Alguien la trajo, Marnie.

—¿Quién?

—El asesino, por supuesto.

—¿Quiere decir que, después de haberse sometido al tratamiento se trajo el arma para cometer un crimen?

—Es posible que lo hiciera para tener un souvenir de su estancia en nuestro planeta. Pero luego, si las cosas se torcieron...

—Quizá se la robaron —sugirió ella.

—También es una posibilidad digna de tenerse en cuenta. Marnie, conteste a esta pregunta, por favor, ¿qué le dijo Taff-Eio cuando le regaló los pendientes que lleva puestos?

Marnie palideció.

—¿Cómo lo sabe usted? —preguntó.

—Esos pendientes son de factura típicamente terrestre. Taff-Eio los robó en una casa de campo y fue condenado a muerte por pillaje, pero pudo escapar. ¿Se los regaló él, sí o no?

Ella bajó la cabeza.

—Sí —contestó con voz sorda.

—Entonces, ¿es usted la mujer por la cual discutieron Taff-Eio y la víctima?

Marnie negó en silencio.

—Déjeme los pendientes —pidió Pedro, desconfiando todavía.

Marnie obedeció. Pedro sacó la lupa y examinó los diamantes de cada uno de los pendientes.

—Aquí está —dijo de pronto.

—¿Qué ha encontrado? —preguntó ella.

Pedro la miró fijamente.

—Cuando estuve mirando el lugar del crimen, hallé un minúsculo fragmento de diamante. Ese trocito, que aún conservo, se ha desprendido, creo que por causas naturales, de este pendiente… —lo alzó en alto con dos dedos—, y cayó al suelo de la habitación donde murió Pail.

»Vi también huellas de pasos femeninos —continuó el policía—. Luego vino usted y las segundas huellas concordaban exactamente con las primeras. Por si fuera poco, estuvo presenciando una batalla de la época napoleónica. Entonces ya se usaban las bayonetas triangulares, Marnie.

Ella se puso la mano en el pecho.

—Entonces… ¿considera que soy la asesina? —preguntó débilmente.

—El sospechoso número uno —contestó él.

—Pero yo no…

—Aún no he terminado mis investigaciones. Tengo otros sospechosos en cartera, Marnie.

—¿Quiénes son? —inquirió la joven.

Pedro levantó la mano.

—Permítame que calle por ahora —dijo—. Antes quiero seguir interrogándola.

Marnie asintió.

—Contestaré a todas sus preguntas —declaró.

—Gracias. Dígame, ¿recuerda usted a un tal Sheo Lon?

—¡Claro que sí! Le envié a usted a…

—Y a Lon, ¿quién le envió para guerrear al lado de Aníbal?

—Yo, por supuesto.

—¿Qué le hizo pensar que aquella época guerrera era la que más le convenía a Lon?

—Bien, cuando un zinoviano ha de someterse al tratamiento de desahogo de sus tendencias agresivas, se le hace un estudio previo de su carácter, cualidades físicas, inteligencia, habilidad manual y demás y, una vez reunidos los resultados, se le asigna la época conveniente, a menos que él, voluntariamente, pida otra. En este caso, la responsabilidad es exclusivamente suya.

—¿Por qué?

—Nosotros siempre procuramos que tenga el máximo de posibilidades de regresar. Si el interesado elige otra época guerrera, puede que ésta no se halle adecuada a su personalidad y el riesgo de fracaso, es decir, de muerte en combate, aumenta considerablemente.

—Comprendo. Eso quiere decir que hay muchos tipos que tienen ganas de pegar cuatro tiros a alguien y que sólo pueden saciar su deseo interviniendo en una campaña bélica.

—Exactamente.

—Claro, matan a los extranjeros, pero no a los nativos —Pedro hizo una mueca—. El sistema, sin embargo, ha empezado a fallar. Alguien consideró que era más interesante un cadáver indígena que no el de un forastero.

—Lo siento, yo no…

—En esto no le hago el menor reproche. Usted forma parte de su sistema, como yo formo parte del mío, y ambos tienen cosas buenas y cosas malas.

—¿Qué trámites se sigue después de esto?

—Se comunica al ministerio de Relaciones Interestelares. Un funcionario se encarga entonces de los demás trámites. En el caso

de usted, el traslado se hizo desde mi propio laboratorio de historia, debido a sus circunstancias personales y al rango que tiene.

—Comprendo. ¿No le sorprendió la rapidez con que fue tramitada la documentación de Lon?

—No puedo decirle nada al respecto, porque una vez que hice mi propuesta, me desentendí de ella... como sucede con los demás casos que se me confían.

—A Lon no le dieron tiempo ni para hacer las maletas —dijo Pedro—. Inmediatamente fue catapultado al ejército cartaginés, Marnie.

—No lo comprendo, sinceramente —dijo ella.

—Se lo explicaré. Lon fue el primero en hallar el cadáver de Palig Pail. Es indudable que vio algo que al asesino no le conviene se divulgue. Creo razonable suponer que el asesino, por las razones que fueran, no se atrevió a cometer un segundo crimen y por dicha razón hizo que Lon fuese enviado a una guerra, en la que seguramente morirá en la primera batalla que intervenga.

Marnie palideció intensamente.

—Podríamos traerlo de vuelta antes de que se celebre esa batalla —dijo.

—Resolveremos ese problema más tarde. Aunque parezca una paradoja, hay tiempo de sobra. Ahora quiero que me ayude, Marnie.

—Sí, Pedro. ¿Qué he de hacer?

—Tengo tres sospechosos más en cartera. Necesito conocer antecedentes personales de los mismos... en relación con los tratamientos distensivos a que hayan podido ser sometidos.

CAPÍTULO XIII

Pedro citó acto seguido los tres nombres:

—Primero, Ata—Blo, director de la factoría donde trabajaba Pail. Ata—Blo aconsejó a Lon que se pusiera en tratamiento con un psiquiatra. Segundo, el propio psiquiatra, doctor Err Man, que fue el que le recomendó el tratamiento liberatorio de las tensiones agresivas. Lon no tenía nada de eso, pero, reacción lógica, se sulfuró y estuvo a punto de golpear al psiquiatra. Esto, como puede comprender, reforzó los argumentos del doctor Err Man.

—¿Y el tercero? —preguntó Marnie.

—Bancl, el funcionario de Relaciones Interestelares, que tan diligente se mostró en proporcionar a Aníbal un conductor de elefantes.

Marnie hizo un gesto afirmativo.

—Pediré sus historiales ahora mismo —manifestó.

La joven se inclinó sobre un interfono y habló brevemente. Ambos esperaron en silencio unos minutos.

Un zinoviano entró con tres cajitas donde había sendas grabaciones relativas a los individuos mencionados. Marnie le despidió, tras darle las gracias, y luego puso en marcha la grabadora relativa a Bancl.

Cinco años atrás, Bancl había intervenido en la guerra de Secesión Norteamericana.

—Allí se usaban también bayonetas triangulares —dijo Pedro—. El siguiente.

Hacía un año, Ata—Blo había hecho una campaña de tres meses en la Legión Extranjera francesa, en Argelia en 1880, guerreando contra unas tribus de nómadas del desierto que se habían sublevado.

—En aquella época, la Legión Extranjera usaba igualmente bayoneta triangular. Pasemos al doctor Err Man.

El doctor Err Man no tenía ninguna experiencia bélica.

Pedro sonrió.

—Hace como la mayoría de los médicos: que no toman las medicinas que recetan a sus enfermos.

—Pero, en tal caso, el psiquiatra queda descartado como sospechoso.

—No, Marnie.

—¿Por qué?

—Puede que se trate de un acto individual, pero todo apunta hacia una conspiración, cuando menos en el caso de Lon.

—En cuya conspiración entro yo, por supuesto.

—Como sospechosa, desde luego.

—Estamos tratando de aclarar la muerte de Pail —le recordó Marnie.

—¿Por qué murió Pail? —preguntó Pedro súbitamente.

Marnie se quedó silenciosa.

—Hasta ahora —siguió él—, no nos hemos preguntado por los motivos de ese crimen.

—Los celos, parece, ¿no?

—Taff-Eio le regaló unos pendientes —manifestó Pedro.

—Cuando lo hizo, dijo que era en agradecimiento a mi labor para hallarle la época adecuada a sus características personales.

—¿No estaba enamorado de usted? —se sorprendió Pedro.

—No. Al menos, no me lo dijo nunca.

—Pero él y la víctima discutieron por su causa, Marnie.

—¿Cómo puede afirmarlo, si no lo sabe con seguridad? —replicó la muchacha con argumento incontestable.

Pedro se quedó muy pensativo.

Los celos entre Pail y Taff-Eio eran uno de los pilares en que se apoyaba su investigación. Pero, ¿eran celos referidos a Marnie?

—¿Tampoco la víctima estaba enamorado de usted? —preguntó.

—No, Pedro.

El terrestre lanzó un profundo suspiro.

—Estamos casi como estábamos —gruñó.

—No es cierto, porque ya tiene cuatro sospechosos —le recordó la joven.

—Sí, pero sólo uno fue el asesino.

—Y los otros, cómplices del traslado de Lon.

Pedro se levantó y dio unos cuantos paseos por la estancia.

—Marnie —dijo, pasados unos momentos—, tenemos que encontrar a la mujer causante de la disputa.

—Parece un paso lógico —convino ella—. Pero, ¿por qué no se lo pregunta usted al psiquiatra?

—¿A cuál de ellos? Hay miles en Zino…

—Parece lógico que haya sido Err Man el que tratase a Taff-Eio y a Pail, ¿no cree?

Pedro la miró fijamente un momento.

—Y aunque fuera así, ¿conocería él a la mujer?

—Sí, porque parte del tratamiento se efectúa con el sujeto bajo hipnosis —contestó Marnie.

Pedro chasqueó los dedos con fuerza. Luego, con gesto súbito, se llevó a los labios el micrófono de su cinturón traslatorio y pronunció las coordenadas del doctor Err Man.

* * *

Un hombre de la profesión de Err Man no podía permitir que sus clientes irrumpieran en el despacho en el momento en que trataba a un paciente. Por lo tanto, las coordenadas de su casa estaban ajustadas estrictamente a la situación de su sala de espera.

Había tres pacientes delante de él. Pedro se sentó, resignándose a esperar. Aunque podía pasar apenas saliera el paciente a quien visitaba Err Man en aquellos momentos, prefería someterse a su turno.

La espera duró dos horas y media. Err Man se asomó y le dijo que la visita había terminado para aquel día.

—Yo no he venido a tratarme, doctor —manifestó Pedro—. Soy policía, recuérdelo.

Err Man hizo un gesto de desagrado, pero no insistió. Echándose a un lado, permitió que Pedro pasara a su despacho.

—Seré breve, doctor —le anunció el terrestre de inmediato—. Mi visita se relaciona con dos de sus pacientes... es decir, supongo que lo fueron en tiempos.

—Dígame sus nombres, por favor, y podré contestarle a las preguntas que me formule.

—Se llaman..., se llamaban, mejor dicho, Taff-Eio y Palig Pail, este último muerto violentamente, como usted recuerda, sin duda.

—Sí, desde luego. ¿Qué quiere saber de ellos?

—Primeramente: ¿Fueron pacientes suyos?

—Espere un momento. Voy a consultarlo en mis archivos.

El psiquiatra se levantó y se acercó a una enorme máquina situada en uno de los extremos de la estancia. Manipuló unos botones de control y, a poco, se iluminó un rectángulo de cristal.

—Sólo tuve como paciente a la víctima —dijo al cabo.

—Discutió con Taff-Eio por culpa de una mujer. Usted habló con él, sometiéndole previamente a hipnosis. Pail tuvo que mencionar a la mujer. Dígame el nombre de ésta.

Err Man calló. Pedro se dio cuenta de la violenta agitación interior del psiquiatra.

Pero tenía que cumplir su deber.

—¡Su nombre, doctor! —exigió perentoriamente.

Err Man se volvió hacia él, con gesto descompuesto.

—¡Es mi prometida! —gritó—. Voy a casarme y no quiero que la mezclen en este asunto.

—Lo siento —dijo Pedro—, pero temo que habrán de salir a la luz todas las características de cada uno de los sospechosos de asesinato o, por lo menos, de los que estén relacionados con él. Déme el nombre y la dirección de su prometida, doctor.

—¡No quiero, capitán! ¡No quiero que un sucio terrestre...!

—Recuerde que el gobierno le obliga a obedecerme —dijo Pedro sin inmutarse—. Y en caso contrario, tengo medios para enterarme de lo que deseo saber.

Err Man sudaba. Al fin, con voz sorda, dijo:

—Se llama Faya Tabb. Sus coordenadas son 45-4-L-Y-22.

Pedro se puso en pie.

—Muchas gracias, doctor.

* * *

Faya Tabb era una graciosa joven, de nariz respingona y pelo rojizo, que se mostró muy sorprendida por el anuncio de la visita del policía terrestre. Luego, la sorpresa dejó paso a un sentimiento de simpatía, e incluso se sintió halagada de que un policía fuese a interrogarla.

—Yo soy un poco más moderna que esos carcamales que nos gobiernan y esas momias que circulan por las calles de Zinia —dijo Faya desenvueltamente—. Para mí un policía es un hombre como otro cualquiera, y algunos... —miró a Pedro de pies a cabeza—, más hombres que muchos otros.

Pedro ocultó una sonrisa.

—Se ve que ha viajado mucho —comentó.

—Oh, sí, he estado media docena de veces en su planeta. Voy siempre que puedo —contestó la chica—. Vamos, dispare, capitán.

—Se trata de su prometido, el doctor Err Man, señorita Tabb —dijo Pedro.

—¿Le sucede algo malo? —preguntó ella con ansiedad.

—No, pero no quería darme su nombre ni sus coordenadas. Dos hombres pelearon tiempo atrás por usted. ¿Lo sabía?

Faya se ahuecó el pelo.

—Sí, claro. Eran Taff-Eio y Palig Pail. ¡Pobre Pail! Me quedé de

piedra cuando escuché la noticia de su muerte.

—Sí, es un hecho sensible, desde luego. ¿Estaba Pail enamorado de usted?

—No. El que estaba enamorado era Taff-Eio. Me rondaba bastante, ¿sabe? Pail y yo éramos amigos, pero yo voy a casarme con Err. Pail le dijo a Taff-Eio que me dejase en paz y ese fue el motivo, supongo, de la discusión. Pail apreciaba mucho a mi prometido y por eso se enojó cuando Taff-Eio empezó a ponerse cargante.

Pedro sonrió al escuchar aquella expresión, tan típicamente terrestre.

—Creo que con lo que oí tengo suficiente, señorita Tabb. Si va a la Tierra alguna otra vez, no deje de visitarme.

—Lo haré, ya lo creo que lo haré —prometió Faya entusiasmada.

Pedro abandonó la casa de la joven. Seguía adelantando, pero le parecía que aún se hallaba muy lejos de tener la solución en sus manos.

Marnie le llamó a la noche.

—¿Ha conseguido algo? —preguntó.

—Hasta cierto punto —contestó Pedro—. ¿Tiene interés en saberlo?

—El interés lógico de quien se sabe sospechoso y es inocente, Pedro.

—Comprendo. Pero para un policía, su actitud es digna de ser tenida en cuenta, ¿comprende?

—Sí, Pedro. Sin embargo, yo no...

—Marnie, usted fue a casa de Pail cuando yo estaba investigando en el lugar del crimen. ¿Acaso pensaba borrar algunas posibles huellas de la vez anterior que estuvo allí?

—Oh, no, no, en absoluto —contestó ella—. Lo único que hacía era estudiar la disposición de la habitación para mejor instalar la cámara.

—¿Qué cámara? —preguntó él, atónito—. ¿No me han dicho aquí que no hay policías que tomen fotografías del lugar del crimen?

—Pedro, yo no me refería a una cámara fotográfica, sino a una cámara de impresiones temporales, capaz de recoger los acontecimientos sucedidos en tiempos pasados —explicó Marnie.

CAPÍTULO XIV

Pedro se quedó absortó al escuchar aquella respuesta.

¡Ahora se daba cuenta de que los zinovianos habían podido encontrar al autor del crimen desde el primer momento y, sin embargo, le habían dejado a él todo el trabajo de desentrañar el misterio!

¿Por qué?

Miró a Marnie fijamente. Ella enrojeció.

Pedro lo comprendió todo en un instante. Una mueca de desprecio torció sus labios.

—Ahora lo veo claro —dijo lentamente—. Ustedes, los zinovianos, no podían mancharse las manos deteniendo al criminal, juzgándole, sentenciándole y aplicando la pena dictada. No, claro que no; los empleos de policía, juez, fiscal, defensor y verdugo en su caso están abolidos y un zinoviano no puede desempeñarlos. Son oficios demasiado viles para que un natural de este planeta realice las funciones propias de los mismos.

Marnie alargó una mano hacia él.

—Por favor, Pedro... —dijo con acento suplicante.

El terrestre se puso en pie.

—Descubriré al asesino, probaré su crimen o le exculparé, según proceda después de haberle juzgado, y luego pronunciaré sentencia de absolución si sus motivos fueron lo suficientemente poderosos para matar a Pail o lo condenaré si no encuentro en el hecho circunstancias eximentes. ¿Está claro?

—Sí —asintió Marnie con voz débil.

—Podría requerir una de esas cámaras extratemporales o como se llame —continuó él—, pero la cosa no tendría así interés. Quiero que vean aquí cómo actúa un policía de la Tierra. Encontraré al asesino usando mis propios métodos y... —alargó la mano hacia Marnie—, ¡sepa que usted sigue siendo tan sospechosa como los demás!

El pecho de Marnie palpitó aceleradamente.

—Cuando se grabe la escena del crimen con ayuda de la cámara de impresiones temporales, no seré yo la que aparezca acuchillando

a Pail —dijo en tono firme.

—Lógicamente, así debiera ser, pero quiero que sepa que continúa formando parte del «club» de los sospechosos. Puede que no fuese la autora material del hecho, pero pudo tomar parte en la conspiración.

—¿Conspiración? —repitió Marnie.

—Sí. Conspiración para matar a Pail y conspiración para quitar de en medio a un testigo que vio algo importantísimo, tan importante como para señalar sin dudas al asesino.

—¿Se refiere a Lon?

—Justamente. Él fue el primero que llegó al lugar del hecho. A los pocos días, cuando se repuso de la impresión, fue enviado a sufrir un tratamiento liberatorio en el ejército cartaginés. ¿Ha dado los pasos necesarios para rescatar al conductor de elefantes?

—Sí, pero…

—Pero, ¿qué? ¡Hable, Marnie!

—El regreso no es tan fácil como el viaje de ida. Es una operación delicadísima… me refiero al regreso antes de la fecha prefijada de antemano. No se cuenta entonces con la voluntad aunque sea subconsciente del sujeto y ello puede producirle gravísimas perturbaciones.

—¿Incluso la muerte?

—Sí.

Pedro se frotó la mandíbula.

—Si lo dejamos con Aníbal, morirá en Tresino dentro de poco —dijo—. Los conductores de elefantes serán blanco preferido de los arqueros romanos… Morir por morir, y aunque sea duro decirlo, que le ocurra en un viaje de regreso anticipado. Correremos ese riesgo.

—Lo haré saber así en el ministerio, Pedro —prometió ella.

Una vez más, el terrestre la apuntó con la mano:

—Y usted misma se encargará personalmente de la operación —dijo con voz tonante—. Haga el favor de avisarme cuando Lon esté a punto de llegar.

Pedro apuntaba hacia la pantalla. A Marnie le pareció que la mano del terrestre salía fuera de la pantalla de su propio visófono.

—De acuerdo, Pedro —respondió.

El policía pegó un manotazo al conmutador y la imagen de Marnie se esfumó. Luego, de modo instintivo, se palpó los bolsillos,

pero no encontró un cigarrillo tan siquiera y maldijo entre dientes.

Pedro no era hombre que abusara del tabaco. Simplemente, de cuando en cuando, le agradaba inhalar un poco de humo. Ahora, nervioso, le hubiera gustado tener un pitillo a mano.

Se paseó nerviosamente por la estancia. Sheo Lon había visto algo muy importante, tanto que de su declaración dependía no solamente el esclarecimiento de la identidad del asesino, sino su castigo posterior una vez juzgado.

¿Qué era lo que había visto Lon?

Pronto podría saberlo, creía.

Se tendió en el lecho, sin quitarse siquiera el collar traductor ni el cinturón traslatorio. La luz se apagó y él cerró los ojos, intentando dormir, pero no lo consiguió, por más esfuerzos que hizo.

El tiempo transcurrió lentamente. Los nervios de Pedro empezaron a relajarse y se sintió invadido por una dulce somnolencia.

Un tañido musical, de suaves tonos, le despertó bruscamente.

Poniéndose en pie de un salto, corrió hacia el fonovisor y dio el contacto.

Marnie apareció en pantalla:

—Lon está a punto de llegar —anunció.

—¿Cuánto va a tardar? —preguntó él.

—Entre cinco y diez minutos; es imposible precisarlo con más exactitud.

—Está bien. Voy para allá inmediatamente. Una cosa, Marnie: que nadie hable con Lon ni para darle los buenos días. ¿Enterada?

—Sí. Descuide, Pedro.

El policía cerró la comunicación y corrió hacia el lavabo. Se echó un poco de agua a la cara, se pasó un peine por los revueltos cabellos y, desde allí mismo, inició las operaciones previas al traslado instantáneo.

Segundos después, estaba en el despacho de Marnie.

—Lon no ha llegado todavía —dijo, al verla sola, tras su pupitre.

—Creo que ya no tardará mucho —respondió ella—. He tenido que dar numerosos pasos para conseguir la autorización...

Pedro hizo un signo con la mano.

—¿Se necesita realizar alguna operación especial para la

recepción de Lon? —preguntó.

—No. Todo está hecho ya. Aparecerá como usted, en ese sillón...

—Gracias, Marnie. Haga el favor de dejarme solo —pidió Pedro.

Ella se levantó, y abandonó el estrado y salió de la habitación. Pedro ocupó el puesto de Marnie.

Esperó, con las manos crispadas en los bordes laterales del pupitre. De pronto, vio que la cúpula que cubría el sillón que había frente a él, adquiría una fosforescencia especial.

La imagen de Sheo Lon se materializó repentinamente. Lon llegaba todavía con los ropajes utilizados durante su permanencia en el ejército cartaginés.

Lon exhaló un gran suspiro de alivio. Luego presionó el botón de apertura y la cúpula giró hacia atrás. Entonces, Lon divisó al terrestre.

—Hola, amigo —dijo, sonriendo ampliamente—. ¿Ha sido usted el que me ha traído desde aquel condenado valle?

Pedro hizo un signo de asentimiento y sonrió también.

—Sí, he sido yo, aunque no de una manera material —contestó —. Le he hecho traer, porque usted es un testigo de vital importancia en el caso Pail y de su declaración depende la solución del enigma. Lon, usted vio algo de suma importancia en el momento de descubrir el cadáver. Esfuerce su memoria, se lo ruego.

* * *

Diez minutos más tarde, Pedro abrió la puerta de la estancia. Marnie le miró desde el umbral con expresión inquisitiva.

—Ya he terminado con el testigo. Aunque muriese, conozco al asesino y podría probarlo. Lon se irá ahora a su casa a descansar durante unas horas.

—Sí, Pedro.

—Cuando me hice cargo de la investigación, se me anunció que se me concedía carta blanca —continuó él—. Deseo que mañana se reúna el gobierno en pleno y que esa reunión sea televisada a todo el planeta. A ella asistirán, además, los encartados en el caso: usted, Ata—Blo, el doctor Err Man, su prometida Faya Tabb, Sheo Lon y Bancl, el funcionario de Relaciones Interestelares. ¿Ha elegido ya el mejor emplazamiento para su cámara extratemporal en casa de

Pail?

—Sí.

—Entonces, después de que haya transmitido mis deseos, vaya al lugar del crimen y grabe la escena del asesinato. ¿Podrá resistirlo?

Marnie se mordió los labios.

—Lo intentaré —dijo.

—Usted es historiadora —le recordó Pedro—. En aquella batalla tuvo que ver cosas peores. Pero yo no presenciaré la grabación sino hasta después del juicio, y esa grabación probará mis afirmaciones de un modo indiscutible.

—Comprendo. ¿Quiere algo más, Pedro?

—No, eso es suficiente, muchas gracias por todo, Marnie —contestó él fríamente.

* * *

El ocupante del piso salió. Pedro, situado en un lugar estratégico, lo advirtió inmediatamente.

Sin pérdida de tiempo, usó el cinturón traslatorio y se desplazó al piso. Momentos después, levantaba el mullido de la cama.

El arma homicida apareció en aquel sitio. Pedro había ido prevenido y la envolvió en un paño de color amarillo.

Instantes después, desapareció del lugar y guardó la bayoneta en lugar seguro. Luego caminó tranquilamente por la calle hasta encontrar un bar.

Asomó la cabeza por la puerta. Faya estaba allí, con un vaso de refresco en la mano. Agitó la otra alegremente y gritó:

—¡Ya era hora, Pedro! ¡Te has retrasado! Se nota que eres terrestre; vosotros no tenéis sentido de la puntualidad —le reprochó de buen humor.

Pedro se acercó a la joven.

—Pero, a pesar de todo, cuando una chica guapa nos da una cita, no faltamos a ella jamás —contestó con la sonrisa en los labios.

Faya le guiñó un ojo.

—Estoy en forma, Pedro —anunció, a la vez que le alargaba el vaso—. ¿Quieres un trago?

Pedro aceptó y tomó un sorbo. Su cara tomó en el acto una expresión de sorpresa:

—Está buenísimo. ¿Qué le has echado, Faya?

Ella se tocó el bolso que pendía de su hombro izquierdo:

—Lo he «calentado» con un par de copas de buen coñac —contestó en voz baja. Y añadió—: Me lo traje de tu planeta la última vez que estuve allí. ¿No te parece estupendo, Pedro?

—¡Magnífico! —aprobó el terrestre sin dejar de sonreír.

CAPÍTULO XV

El gobierno de un planeta no era cosa fácil y requería muchos ministros, se dijo Pedro, mientras contemplaba a los cuarenta y tantos hombres que, sentados en una doble fila semicircular de asientos, ocupaban una zona angular de la vasta pieza donde se iba a celebrar el juicio.

En el centro de la doble fila se hallaba el Presidente de Zino. Casi frente al gobierno, sentados en una hilera sencilla de butacas, estaban los encartados en el caso.

Marnie ocupaba el extremo más próximo al lugar donde se hallaba Pedro. Seguíanla el doctor Err Man, su prometida, Ata—Blo, Bancl y Sheo Lon.

Pedro estaba detrás de una pequeña mesa, sobre la cual se veía un objeto oculto por un paño amarillo. Las cámaras que retransmitían el acto a todo el país quedaban invisibles, pero sus objetivos no perderían el menor detalle de cuanto iba a ocurrir allí.

La expectación en el planeta era inmensa. Pedro lo sabía perfectamente.

Se acercó a su mesa y contempló durante unos segundos a los encartados. Marnie aparecía con el rostro impasible, aunque se notaba la alteración interior en los rápidos movimientos de ascenso y descenso de su seno.

Err Man fruncía el ceño casi constantemente. Faya masticaba algo, quizá chicle terrestre, con aire divertido e indiferente a un tiempo. Ata—Blo aparecía muy ansioso. Bancl se mantenía en una correcta rigidez. Lon mostraba curiosidad.

Pedro dirigió al presidente una cortés inclinación de cabeza. Luego empezó a hablar.

Hizo un corto exordio, destinado a dar a conocer los

antecedentes del caso y de su estancia en Zino. Calló un instante y continuó:

—Era el primer asesinato cometido en este planeta durante mil trescientos años. El sistema zinoviano había conseguido abolir los cargos y las profesiones de policía, juez, jurados, fiscal, abogado defensor… y ejecutores de la sentencia, bien fuesen funcionarios de prisiones o verdugos. Nada de eso había aquí, no eran cargos u oficios que se ejerciesen.

»De pronto, se comete un crimen. El gobierno estima que es preciso aclararlo, hallar al asesino, juzgarlo, probar su culpabilidad y condenarlo. Pero, ¿cómo hacerlo si no tiene medios para hacerlo?

»¿Cómo detener a un asesino sin policías? ¿Cómo probar su culpabilidad sin investigadores? ¿Se le podía juzgar sin jueces? Y si resultaba condenado, ¿de dónde se sacaban los funcionarios encargados de su custodia, caso de que la condena fuese de cárcel? ¿Dónde hallar un verdugo que ejecutase la sentencia de última pena, caso de que fuese éste el dictamen del juez?

»La solución era bien sencilla: hay un planeta donde abundan todos estos cargos. Pero no era necesario traer a todos: policías, jueces, jurados, fiscales, defensores y ejecutores de la sentencia. Con un hombre solo bastaría. Ese único hombre desempeñaría todos los cargos mencionados.

»Y los desempeñará, porque yo descubriré al asesino, lo juzgare, lo acusaré, lo defenderé si es preciso y dictaré la sentencia.

Pedro hizo una pausa. Marnie le contemplaba con aguda expectación.

—El asesino, por otra parte, y en principio, estaba bien tranquilo. Sí, sabía que podía ser descubierto; las cámaras de impresión temporal podrían, grabar el hecho, retrocediendo en el tiempo. Pero aunque una filmación posterior demostrase su culpabilidad, ¿quién le iba a juzgar, acusar, defender, sentenciar y hacer cumplir la pena correspondiente, si en toda lo redondez de Zino no había una sola persona que desempeñase ninguno de esos cargos?

»Pero el gobierno creyó conveniente esclarecer el caso; y se me llamó a mí; y el asesino, entonces, empezó a preocuparse, porque corría el riesgo de que yo lo descubriese y probase su culpabilidad. Las cosas se le torcían así de un modo inesperado.

»Hay varios sospechosos. En apariencia, cada uno de ellos pudo cometer el crimen. Pero sólo uno de ellos lo ejecutó. ¡Con esta bayoneta!

Pedro quitó el trapo amarillo, empuñó la bayoneta y la clavó en la mesa con seco golpe.

Marnie dejó de respirar un instante.

—Algunos zinovianos, han sufrido un tratamiento liberatorio de tendencias agresivas —dijo Pedro—. Estuvieron en guerras terrestres y se trajeron una bayoneta triangular como recuerdo. Ata—Blo, por ejemplo, quien pensó que yo, como policía terrestre, podía sufrir un error y acusarle. ¿No es cierro, Ata—Blo? ¿No tiene usted en su casa una bayoneta idéntica a ésta?

El aludido asintió, sumamente pálido.

—¿Y usted, Bancl? ¿No se trajo como recuerdo un arma igual a esta bayoneta? —preguntó Pedro—. El único que no la tenía era el doctor Err Man, quien no ha tenido, hasta ahora, necesidad de recibir ese tratamiento.

»Sin embargo, todavía hay una persona más aquí en la sala que fue sometida al citado tratamiento y que, a su vez, se trajo una bayoneta como recuerdo. ¿Es cierto lo que digo, Faya Tabb?

La joven asintió en silencio, a la vez que se mordía los labios.

—Declare usted ante esta sala en qué guerra terrestre obtuvo la bayoneta —pidió Pedro.

—Fue en la guerra de 1914—1918 —contestó Faya con voz trémula—. Había un ejército que todavía usaba esa clase de bayoneta.

—¿Qué hacía usted allí? Guerrear, no, por supuesto; las mujeres no disparaban sus fusiles en el campo de batalla.

—Era… enfermera… Lo fui durante unos meses. Muchos de los heridos venían aún con parte de su equipo y… la bayoneta me gustó como recuerdo.

—Y como arma para matar a Palig Pail.

Un profundo silencio gravitó de repente sobre la sala. El psiquiatra intentó levantarse, pero Pedro lo fulminó con una mirada y volvió a su sitio apenas iniciado el movimiento.

El «sí» de Faya resultó apenas audible.

—Pronuncie esas dos letras en voz más alta, que la oiga todo el mundo —exigió Pedro.

—Sí… fui yo la autora de la muerte de Palig Pail —declaró Faya.

—¿Por qué? —preguntó Pedro.

Faya miró a Err Man como pidiéndole perdón por lo que iba a decir. El psiquiatra estaba muy pálido y tenía la frente cubierta de sudor.

—Lo siento… —murmuró Faya—. En realidad, yo… yo quería a Taff-Eio. Pail era muy amigo del doctor Err Man y le reprochaba a Taff-Eio lo que creía atenciones fuera de lugar, groseras y descorteses. Taff-Eio era muy tímido en determinados aspectos y Pail se le imponía siempre. Yo no quería que ello continuase y fui a visitarle y a amenazarle. Me llevé la bayoneta para darle un susto… Discutimos violentamente y… no sé cómo, pero de repente sentí que la bayoneta entraba en su cuerpo. ¡Es un arma tan penetrante!

»Pail cayó. Me miró un momento con sorpresa y murió en seguida. Yo me sentía aterrada y escapé. Pero cuando llegué a mi casa, me di cuenta de que había olvidado el arma del crimen. Regresé, la arranqué del cuerpo de Pail y…

—Y cuando iniciaba la operación traslatoria, apareció Sheo Lon y la vio durante una fracción de segundo, ¿no es cierto?

Faya asintió en silencio.

—Así ocurrió —dijo, confirmando las palabras del terrestre.

—Aquí hay un detalle que desconcierta de momento —manifestó Pedro—. En primer lugar, Lon, dada la fugacidad de la visión, no estaba muy seguro en un principio de que hubiese visto a Faya en el momento de desaparecer de la escena del crimen. Luego tenemos las declaraciones de Ata—Blo, quien manifiesta haber enviado a Lon para averiguar los motivos de su tardanza en acudir al trabajo.

»Esto es cierto, pero Pail no se había retrasado por estar muerto, sino porque estaba discutiendo con Faya. Las llamadas de Ata—Blo por medio del visófono no habían sido atendidas; en el calor de la discusión, ni Pail ni Faya prestaron atención al aparato y ello extrañó a Ata—Blo, quien hizo desplazarse a Lon personalmente. ¡Cuesta tan poco ir de un sitio a otro en este planeta!

»Luego se descubrió el crimen. El arma era una bayoneta triangular. Ata—Blo temió que se supiera que él guardaba una. Ordenó a Lon que se sometiese a tratamiento liberatorio. Era el único que había visto la herida del cadáver; los que recogieron el

cuerpo no tenían práctica y no podían declarar favorablemente o en contra. Sólo Sheo Lon podía expresar con claridad la forma de la herida, además de citar a Faya.

»El doctor Err Man atendió la petición de su buen amigo Ata—Blo y prescribió el tratamiento. Bancl estaba en posesión de otra bayoneta y preparó la documentación con rapidez inusitada. No quería ser acusado de algo que no había cometido.

»Hicieron unos esfuerzos inútiles. De nada les sirvió enviar a Lon a una guerra terrestre, porque, de todas formas, su inocencia ha quedado demostrada, pero no su buena fe. También ellos son, a fin de cuentas, unos asesinos en potencia y merecen la misma pena que ha de imponerse a la acusada.

El Presidente miró a Pedro.

—Capitán, los otros no han cometido ningún crimen. Sólo hay una persona culpable. Júzguela y dicte sentencia.

Pedro sonrió ligeramente.

—Sí, excelencia —contestó—. Voy a juzgar a la culpable. Tiene circunstancias atenuantes a su favor. Probablemente, no quería cometer su crimen. Debió de exasperarse tanto que quiso golpear a Pail, olvidándose de que tenía un arma en la mano. En nuestro planeta, homicidios semejantes, si bien se castigan, merecen una pena inferior.

»Pero también merece castigo por un intento de asesinato. La muerte de Pail fue homicidio, porque ella no tenía intención de matar. Cuando me atacó en mi casa, sí quería matar y eso ya merece la calificación de asesinato, aunque en grado de tentativa.

Volvió los ojos hacia Faya, cuya cara aparecía blanca como la nieve.

—En la bayoneta con la que intentó acuchillarme, encontré hebras del tejido de mi cama —dijo.

Faya calló. Parecía abrumada.

—La sentencia, capitán —insistió el Presidente del gobierno zinoviano.

—Sí, excelencia. Mi sentencia es que Faya viva, que les acuse a todos ustedes durante los días de su existencia, a usted, Presidente, a los miembros del gobierno... a los mil ochocientos millones de zinovianos que no han cometido jamás un crimen... con un compatriota, pero que están autorizados a matar a un extranjero.

»Ustedes blasonan de que en mil trescientos años no se había cometido un homicidio. Un zinoviano no mataba jamás a un zinoviano, pero sí podía matar a uno, a cien o a mil extranjeros.

»Es un sistema inicuo, odioso, repugnante. Ella, mientras viva, será una acusación constante contra ese sistema y contra quienes lo idearon y contra quienes lo pusieron en práctica y lo siguen practicando en la actualidad, porque en Zino no hay sólo un asesino; ¡los asesinos suman mil ochocientos millones, la totalidad de la población del planeta!

»¿Voy a sentenciar y ejecutar a mil ochocientos millones de personas? Imposible. Entonces, ¿cuál es la pena que se merecen todos ustedes?

Extendió la mano hacia Faya:

—¡Ella les acusará! Vivirá y ustedes vivirán bajo el peso de su constante acusación; y Ata—Blo les acusará también y será acusado; y lo mismo pasará con Bancl, el pulcro y eficiente funcionario; y Sheo Lon, y el doctor Err Man… Todos serán acusadores y acusados… ¡y mientras ese cruel, odioso y estúpido sistema no se modifique, habrá mil ochocientos millones de acusados que acusarán, a su vez, a mil ochocientos millones de otras personas en idénticas condiciones!

»La sentencia ha sido dictada. El juicio ha concluido —terminó Pedro, en medio de un profundísimo silencio.

* * *

Dado que no había armas de ninguna clase en Zino, se desconocía el uso de la navaja de afeitar. Pedro se aplicó a la cara un poco de crema depilatoria y, pasado un minuto, quedó completamente rasurado.

Estaba limpiándose con la toalla los restos de crema, cuando llamaron a la puerta.

Abandonó el baño. Instantes después, abría la puerta.

Marnie le miraba desde el umbral.

—¿Puedo pasar? —preguntó.

—Claro —Pedro terminó de limpiarse y lanzó la toalla a un lado.

—Te marchas ya —dijo Marnie, sentando una afirmación.

—Sí. Tengo señalada una hora para la partida —Pedro consultó

su reloj—. Dispongo aún de cincuenta minutos.

—Lo sé. Yo soy la encargada de realizar las operaciones.

—Ah —murmuró él simplemente.

Guardaron silencio un momento.

—Fue un juicio sensacional —dijo Marnie al cabo—. Se hablará de ti durante años.

—Una celebridad que no me agrada demasiado, Marnie.

—El gobierno está reunido. Estudia el modo de cambiar el sistema. Los viajes a vuestras guerras, y a las guerras de otros mundos, serán proscritos. Se estudiará el medio de liberar de sus tendencias agresivas a quienes las manifiesten y se hará sin riesgo para el paciente ni para la víctima en potencia.

—Tenían que haberlo hecho muchísimo antes —dijo Pedro ceñudamente.

—Algún día tenía que llegar —manifestó la joven—. Se necesitaba... una explosión, como la que produjo la muerte de Pail. Y un hombre como tú, que dictase la sentencia justa.

—¿Te parece justa?

Marnie sonrió.

—Me habrías defraudado si te hubieses limitado a una condena de cárcel. ¿Quieres mayor castigo para Faya que tener el dudoso honor de ser el primer zinoviano que comete un crimen después de trece siglos?

Pedro la miró fijamente.

—Añade que en el planeta, porque fuera de él, los asesinatos cometidos por vosotros han sido incontables.

Ella enrojeció.

—El sistema está literalmente despedazado —dijo—. Lo siento, yo formaba parte de él. Mientras viva, conservaré también mi parte de vergüenza personal.

—Me gusta oírte hablar así —sonrió Pedro.

—¿Cómo encontraste la bayoneta? —pregunto Marnie.

—Faya es una chica voluble, inestable sentimentalmente. Iba a casarse con Err Man, probablemente por vanidad, pero quería a Taff-Eio. Sin embargo, ese afecto no era suficientemente profundo como para hacerla abandonar al psiquiatra... y ya ves, resultó, en otro sentido, tan denso como para conducirla al homicidio.

—Sí —convino Marnie—. ¿Y...?

—Bien, la cité para... salir un rato a pasear y simulé retrasarme. Entonces, fui a su casa y encontré la bayoneta.

—Pero, ¿cómo sabías que estaba allí el arma homicida?

Pedro sonrió.

—Intuición de policía... y porque Lon me citó el nombre de Faya —contestó.

—Comprendo.

—Después, fui a mi alojamiento y guardé la bayoneta. Acto seguido, corrí a reunirme con Faya, quien no sospechaba nada todavía.

—¿Sospechaste de ella en alguna ocasión?

—Había una mujer de por medio. Podías ser tú... o podía ser Faya. Resultó ser ella, con gran alivio por mi parte.

—¿Lo dices en serio, Pedro?

Los brazos del terrestre se cerraron en torno a la esbelta cintura de Marnie.

—No sabes cuánto me alegro de que hayas dejado de ser sospechosa —dijo—. ¿Por qué no preparas otro pasaporte para ti... para la Tierra?

Marnie le dirigió una mirada maliciosa

—Está preparado ya, Pedro —contestó.

—De modo que sabías que te iba a llevar conmigo —se sorprendió él.

Marnie le echó los brazos al cuello.

—Me hubieras decepcionado enormemente si no lo hubieses hecho así —contestó.

Pedro se dispuso a besarla. De pronto, notó que algo le hacía daño en el pecho.

Era el disco del collar traductor. Se lo quitó y lo arrojó a un sillón.

Al cabo de unos minutos dijo:

—El color tradicional, en la Tierra, del traje de novia es blanco. Algunas veces, sin embargo, la novia elige otro color. Yo elegiré el de tu traje de boda. Será amarillo...

—¿Qué dices? —le preguntó Marnie, extrañada—. No te entiendo...

Pedro la miró sorprendido. Luego se dio cuenta de que no tenía puesto el collar traductor y se echó a reír.

—Pues en la Tierra bien me entendiste cuando nos vimos la primera vez —dijo, después de ponérselo de nuevo.

—Entonces lo llevaba yo. Con un collar traductor es suficiente —explicó Marnie.

—Tendremos que aprender los respectivos idiomas —dijo él.

—Los aprenderemos. Queda tiempo de sobra —contestó Marnie—, Oye, ¿qué me decías antes?

Pedro volvió a reír:

—Te decía que tu traje de novia será de color amarillo. ¿Te gusta?

—Me gusta el traje de novia —contestó Marnie simplemente.

FIN